

30.1.04
AÑO 6
N° 303

Sofia Coppola, en nombre propio
Lo que dice el asesinato de Sandra Cabrera
Anne Chapman y la última selk'nam

BREVE HISTORIA DE LA BOMBACHA

A CALZON QUITADO



CULOTTES Y CALZONES DE ELEGANTES PORTEÑAS (NOTENSE LOS DETALLES EN ENCAJES Y PUNTILLAS), CIRCA 1915.

bragas

OFERTA Económica

44-118. FAJA MODERNA, de satén de rayón y resistente elástico; lleva carterita de cordón al medio frente. Medidas: 65 a 90. Altos: de 45 cm., a $ 25.40; de 40 cm.,

$ 24[60]

"CALIDAD Y CONFORT PARA LA DAMA ELEGANTE Y PRACTICA", **GATH & CHAVES, CATALOGO PRIMAVERA-VERANO 1947-48.**

MODA La bombacha puede ser tanto el último baluarte del pudor femenino como trofeo para fetichistas. No siempre fue así, basta remitirse a sus propios ancestros para notar el desprecio que algunos demostraban por esa prenda que copiaba el atuendo masculino, otorgaba libertad de movimientos o simplemente abrigaba en invierno, cuando no eran confeccionadas en material impermeable para *esos días*. He aquí algunas instantáneas que develan aquello que estuvo –casi siempre– destinado al secreto.

POR SOLEDAD VALLEJOS

Sacársela no siempre fue un gesto con la urgencia de lo sensual, y ponérsela tampoco vino con un certificado de lo correctamente pudoroso desde sus inicios. Juana de Arco la llevaba con orgullo mientras iba tejiendo esa larga cadena de desafíos capaces de desquiciar a los inquisidores, y terminó con la condena de su cuerpito gentil a la hoguera mientras se recordaba, en la sentencia del tribunal, que para completar la herejía "la dicha Juana se ha puesto a llevar calzones". Algunos siglos después, en los ensueños de Madame Bovary, los secretos, la esencia de la feminidad bien podía cifrarse en "delicados pantalones, ornados de pasamanerías, anchos por arriba y estrechos por abajo". Las señoras elegantes de las provincias argentinas que tenían la fortuna de recibir por correo el catálogo de Harrod's, disponían para la temporada primavera/verano 1923/24 de un amplio surtido de lencería "enteramente cosida a mano" en el que no faltaba, jamás, el calzón haciendo juego con la camisa y el camisón. Bastante menos, por no decir nada, se sabe de los hábitos de sus criadas, pero no es descabellado suponer que debían ser más parecidos a los de las mujeres de zonas rurales que a las sofisticadas porteñas acostumbradas a usar bombachas "impermeables" para *esos días*. Digamos: es probable que lo de las mujeres de escasos recursos fuera disfrutar el aire y la libertad total bajo la pollera, a menos que, entre trabajo, cuidado de los niños, cuidado del marido, cuidado de la casa y algún momento perdido como para respirar, tuvieran tiempo y dinero para ocuparse de labores destinadas a ellas mismas. Aburrida de la tranquilidad en que se sumió su vida desde que se diluyó la euforia combativa de los '70, Germaine Greer no tuvo ningún empacho, en 2004, en cargar contra ese adminículo cotidiano que "gusta más a los hombres que a las mujeres". Es más, no dudó en afirmar su vetustez, en aras del progreso y la comodidad: "Antes se usaban para mantener calientes las partes íntimas: ahora no hacen falta, porque las casas tienen calefacción y está aumentando la temperatura media exterior", así que, propuso, va siendo hora de ir olvidándose de la bombacha y la lencería en general, ese "símbolo anticuado de la decencia". (Qué dirá Germaine sobre la ropa en general es una incógnita, pero habría que ver su opinión si pisara el infierno en que se ha convertido Buenos Aires en los últimos días.) Más o menos por ese tiempo, Gabriela Acher proponía una solución levemente parecida, aunque la motivara una meta personal formulada como quien hace una promesa a un santo: "Quemar las bombachas en alusión a la sinceridad de nuestros genitales, para que nunca más volvamos a fingir un orgasmo". En plena quemazón de la fiebre de la bohemia decontractée y chic palermitana, hay bombachas de autor y están regresando los culottes, los hot pants y el minimalismo literal de los cola-less. Las megaempresas de lencería agregan almohadillas cosméticas en las asentaderas, y no se cansan de cambiar, mezclar, inventar materiales nuevos para reciclar, cada tanto, los clásicos, revivir el encaje, alabarlos estampados, insistir con los géneros lisos, descubrir colores y bautizarlos con nombres que suenan a declaraciones de principios o ilusiones casi cinematográficas.

Cada bombacha es un mundo: tiene fechas, lecturas, autores (mucho más que autoras), usos, no usos, multitudes a favor, multitudes en contra, ideólogos e ideólogas, artesanales y carísimas, fabricadas en serie y a precios populares. Desde su protohistoria como cinturón de castidad, esa prendita ha recorrido un largo camino (y no vamos a decir que tal vez sea porque no siempre se estiló cambiarla a diario), bordado las más de las veces por las urgencias sexuales masculinas y sus voluntades de levantar señales con fuerza de insignia y título de propiedad allí por donde pudieran campear deseos ilegítimos; pero también como pequeños avisos de independencia sensual, autoprotección y emancipación llevada a los hechos, inclusive a despecho de la Santa Iglesia.

Corrían los primeros años de lo que la posteridad conocería como Renacimiento cuando las damas de buena ley y las muchachitas plebeyas apenas si llevaban, debajo de esos vestidos infinitos, lo estrictamente necesario para ser accesibles. Camisa de género noble atada a la cintura por un práctico cinturón y luego, pronta y disponible, la piel y su más allá (el fetichismo, al parecer, prefería los brazos, pulcramente ocultos y embutidos en mangas cosidas y descosidas a diario sobre los brazos gentiles) fueron hasta mediados del 1500 las imágenes de una lascivia ingenua y gentil hasta que, creciente diferenciación de los guardarropas masculino y femenino mediante, las



FOTOS: PABLO PIOVANO

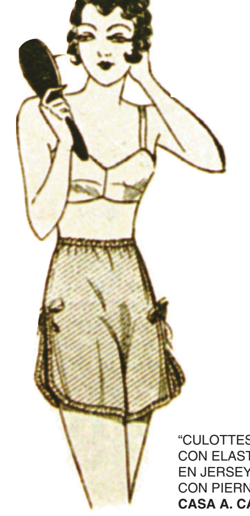
y braguitas

chicas comenzaron a esmerarse en sus ajuares. Desde entonces, y hasta los afanes seudodemocratizadores del siglo XIX (que darían lugar a las sociedades de consumo del XX), tal como afirma Lola Gavarrón en la entretenida historia de la lencería femenina *Piel de ángel* (Tusquets, 1982), la ropa interior era "un objeto minoritario y de elite. Su valor y singularidad le conferían un carácter de prenda de lujo", al punto que era un ítem esencial "en los testamentos e inventarios de bienes de las damas nobles", igual que encajes, puntillas, bordados y piezas de seda (a fin de cuentas, fundamentales para elaborar un vestuario acorde con la posición social de marras). El asunto es que, promediando el 1500, las cortes europeas comenzaron a plegarse a la moda italiana tan bien llevada por las Médicis en sus ingresos a las casas reales: los "verdugados", un tipo de faldas que, por su confección, acrecentaban el volumen de las caderas y simulaban una abertura a partir de la entrepierna, aunque de simulación tenía bastante menos de lo que permiten suponer los testimonios de la época. Eso, por lo menos, da a entender el hecho de que, de golpe y porrazo, el polvo de las ciudades y los rigores del clima obligaran a las mujeres a apropiarse de una prenda originalmente pensada para los señores: los calzones. Lo que (dueña de una sutileza monárquica) Catalina de Médicis llamaba "bridas para las nalgas" (brides à fesses), moldeaba los muslos y se unía a las medias por debajo de las rodillas, gracias a ligas lujosamente bordadas, que sus portadoras se encargaban puntillosamente de exhibir en ocasiones apropiadas (para qué, si no, tanto empeño). Podían ser de algodón o lino, de tejidos de seda, llevar hilos de oro o plata o primorosos diseños, abiertos (para muchachas disponibles) o cerrados (obviamente, para esposas virtuosas). Las que tenían alguno de estos calzones entre sus prendas eran absolutamente conscientes de sus comodidades y la distinción que su uso les confería a los ojos de posibles pretendientes, que no por nada Catalina de Médicis recompensaba espléndidamente a una de sus criadas "porque le ajustaba muy bien los calzones a la pantorrilla y le colocaba estupendamente la liga", tal como atestiguó en *La vida de las damas galantes* Pierre de Bourdielles, el abad y señor de Brantôme que sabía tener citas galantes con la encalzonada en cuestión. Avanzando los años, la excentricidad del vestido ensanchado a los lados fue cediendo y con ella el uso más o menos cotidiano (empezaba a extenderse a la burguesía) de los calzones, que empezaron a reservarse para los elegantes paseos a caballo... que no siempre coincidían a la hora de definir el concepto de "elegancia".

Establecida la regla, las chicas de la nobleza no habían tardado en rebuscárselas para establecer las maneras de saltearla sin más consecuencias que aumentar su prestigio social, que a fin de cuentas era el único que les era dado desarrollar en la vida mundana. Las descalzonadas, a decir verdad, se tomaban la revancha de tanto pollerón profuso y competencias de escotes sufriendo, de tanto en tanto, pequeños accidentes que podían asegurarles un futuro o, tal vez, una fama fácilmente transformable en un buen pasar. O al menos ésas eran las fantasías que los señores letrados nos han legado. "Una señorita de 18 años, sirvienta, viajaba en compañía de su señora –escribió el doctor Louys Guyon en 1664–, cuando, queriendo franquear un obstáculo, cayó cuan larga era sobre su caballo quedando al descubierto ante la amable compañía todas sus partes secretas: vientre, piernas y nalgas. Viendo esto un joven noble y rico acudió presto a ayudarla, prendado como estaba de sus bellas y blancas partes. Confesóle su amor, y ella, astuta, no le prometió nada hasta



"EL CONFORT PERSONAL ES MUY NECESARIO: ... ESTAS PRENDAS LO BRINDAN".
CULOTTES Y CALZONES DE GATH & CHAVES, PRIMAVERA-VERANO 1941-42.



“CULOTTES FORMA BOMBACHA,
CON ELASTICO EN LA CINTURA,
EN JERSEY DE SEDA DE GRAN DURACION,
CON PIERNAS REFORZADAS”.
CASA A. CABEZAS, PRIMAVERA-VERANO 1932-33.

En la época de las caídas galantes, hasta el ascenso social y la redención de obtener un status interesante (de señorita sirvienta a señora amada por un joven rico, vamos) podían nacer de una bombacha ausente en el momento preciso y de una mujercita astutamente virtuosa, a la cual, es de suponer, ya no le faltaron moneditas de oro para comprarse un buen calzón.

que solemnemente se hubiera casado con ella. Lo que el joven aceptó de buen grado. De esto hace ya veinte años. Ella sigue conservando limpias y hermosas aquellas partes que le enamoraron. El la ama más que nunca.” Lo citamos, nomás, para que vean que la tentación podrá andar desnuda, pero que, en la época de las caídas galantes, hasta el ascenso social y la redención de obtener un status interesante (de señorita sirvienta a señora amada por un joven rico, vamos) podían nacer de una bombacha ausente en el momento preciso y de una mujercita astutamente virtuosa, a la cual, es de suponer, ya no le faltaron moneditas de oro para comprarse un buen calzón.

“Es intolerable el uso de miriñaques, nada más opuesto al pudor, a la modestia y a las buenas costumbres.” Lo declaraba al borde de la furia y consumido por el horror de ver peligrar aquello por lo que tanto había predicado un señor teólogo en 1728. “La hinchazón de los vestidos –continuaba– trae consigo la idea de desnudez, la atención que provoca origina malos pensamientos y reflexiones obscenas.” Un tal padre Bridaine no dudaba en afirmar la hipótesis con la misma rabia: los miriñaques no podían ser más que “seductores cebos que tienen el poder de incitar al pecado a los desdichados hombres”. Es que las chicas no aprendían más. Abandonada la moda de las caderas ultravoluminosas que permitían los verdugados, empezaban a entregarse con furor a los miriñaques (que tanto gustaron en la Buenos Aires colonial) y al mundo de posibilidades que les abría tanto espacio resguardado a las miradas no deseadas. De acuerdo, bajo la tela, venía el armazón de alambres, y bajo el armazón, kilos de polleras, pollleritas y demás invenciones para jugar, como los niños juegan a desenvolver un paquetón infinito, con maridos y amantes, pero debajo de tooodo eso, pues nada. Absolutamente nada más que lo que la naturaleza les había brindado. Esa desnudez era, sin embargo, un privilegio concedido exclusivamente a las mujeres de alto rango por las autoridades. Bailarinas y actrices de teatro, por disposiciones oficiales (como en España y Francia), estaban completamente impedidas de gozar de esas libertades de vestuario, en especial si se encontraban en horarios de trabajo. Las *Memorias* de Casanova, casualmente, recuerdan otro episodio de infracción y redención protagonizado por mujercita y fogoneado por la ausencia/presencia de calzón. Nina, bailarina italiana recién llegada a Barcelona, desconocía la ley que prohibía, al bailar en público, dejar ver el calzón. Talento, relata Casanova, tenía poco, y casi lo único que sabía hacer era “dar la rebaltade, especie de salto mediante el cual quedaba suspendida en el aire, en mitad de la pirueta”. Debutar y pegar una pirueta en la que “dejó ver sus calzones hasta la cintura” fueron una sola cosa. El público enloqueció. Ella volvió a saltar. Al terminar el número, un inspector no tardó en aplicarle la multa reglamentaria, en resultas de lo cual, al día siguiente “bailó sin calzones e hizo su rebaltade con la misma pasión, lo cual provocó tal entusiasmo en el público del patio de butacas que aún no se ha recuperado de la alegría”. El virrey de España, que revistaba en el auditorio, llamó a la insurrecta para reprenderla:

“–¡Imprudente! Habéis faltado al público.

–¿Qué he hecho?

–El mismo salto que ayer.

–Es cierto, pero no he violado vuestra ley, puesto que nadie me puede decir que haya visto mis calzones. Pues, para estar segura de que no se vieran, no me los he puesto. ¿Qué más queréis que haga por vuestra maldita ley, que ya me ha costado dos escudos?”

Y dice Casanova que, ante tanto ímpetu, al virrey no le quedó otra que enamorarse de la desacatada, cosa que Nina aprovechó para convertirse en la bailarina del momento y aprovechar su buena estrella para hacer carrera y duros.

Para principios de 1800, las aristócratas y las burguesas inglesas hacía rato que habían demostrado el empeño puesto en el pantalón íntimo. Era cómodo, era higiénico, les permitía andar a caballo y llevar una vida mundana sin demasiadas preocupaciones y sin transformar, en exceso, las rutinas con sus amantes. En Gran Bretaña, los antecesores de la bombacha no se discutían al punto, de hecho, de que su uso generalizado iba a permitir, pocas décadas después, que las mujeres se dedicaran sin problemas a las prácticas deportivas (aunque el asunto de la falda en el tenis inglés tampoco fue tan sencillo). Pero no en todas partes las miradas a la ropa femenina gozaban de tanta displicencia. Se dice que Victor Hugo, por caso, sentía tal rechazo por el pantalón femenino (tremendamente parecido al calzón) que, si descubría que alguna de sus amigas llevaba uno, no dudaba en acompañarla a la puerta y soltarle un: “Volved cuando queráis. Pero sin pantalón. Por favor os lo ruego, sin pantalón”. Los señores se negaban, de manera terminante, a aceptar el regreso de tan poco femenina prenda, y el clero dejó en claro las suspicacias que circulaban en torno del abuelo de la bombacha moderna. Literalmente poderosas, sostiene Gavarrón, eran las razones que los movilizaban: “La mujer en pantalón accede a peligrosas libertades de movimiento”, sostenían los liberales, un temor que crecía cuando notaban que socialistas utópic@s como Saint-Simeon o George Sand alentaban al pantalón femenino como “símbolo inequívoco de la añorada emancipación”.

Los finales del siglo XIX encontraban a las mujeres argentinas absorbidas de lleno por las modas europeas: recato español para las señoras maduras, (más o menos) alocado estilo francés para las jovencitas. “Las viejas matronas porteñas –rescatan García, Rebok, Asato y López en *Imagen de Buenos Aires a través de los viajeros*– cubrían sus hombros [con] pañuelos o chalones de merino negro”, porque, “seguían las costumbres españolas e inconscientemente hacían caso omiso del modernismo de sus hijas, por quienes era adoptado cuanto venía de Francia”. Como de ropa interior absolutamente nada dicen los viajeros, y como las informaciones e investigaciones sobre las bombachas de nuestras bisabuelas brillan por su ausencia, sólo podemos suponer que es aproximadamente con la apertura de las grandes tiendas por departamento (Harrod's, A la ciudad de Londres, Gath & Chaves) que la confección y el consumo de la ropa interior empieza a abandonar el círculo más privado y doméstico para convertirse en un artículo conseguible en tiendas abiertas al público en general. Empezaba a popularizarse la práctica deportiva y, con más dificultades, el uso de la bicicleta, lo que empezaba a redundar en la tímida, vaga, lenta aceptación del pantalón masculino. Claro que para eso, como irrumpieron las polleras angostitas, tubulares, que forzaban pasos cortitos y de muñequita frágil, iba a faltar bastante.

Los inicios de la década de 1920 encontraban en los catálogos de la exclusiva Harrod's un amplio surtido de “novedades para el adorno” (simpático eufemismo que usaban para denominar a sus clientas), elementos para el hogar y, por supuesto, “lencería para señoras” debidamente diferenciada de la “lencería para niñas”. No es que una de las dos cargara con más sensualidad explícita que la otra, pero mejor era ir diferenciando la inocencia y relativa liviandad de ropa de la infancia de la languidez de las maduras y decentes esposas que cargaban con calzones a la rodilla en composé con encantadores “portacaderas” que podían venir “en buen elástico de hilo, cerrado atrás y prendido adelante, en blanco o rosa” o “en batista lisa, prendido con botones y cordones en la parte de atrás, práctico para verano”. También venían preparados para usar, una vez por mes, con un “cinturón higiénico”, suerte de liguero para sostener la “bombacha impermeable, de goma natural” que impedió sorpresivas delaciones cuando las damas estaban menstruando, al menos hasta principios de la década del 50. La descripción de los calzones de invierno, en verdad, parece una afirmación de las ideas que Greer sostiene sobre el clima y la ropa interior. Difícilmente muchas clientas hayan dejado pasar la espectacular oferta que Gath & Chaves anunciaba en 1927: “Calzón cerrado de lana mezcla punto jersey, con elástico en la cintura y las piernas, de buen corte y esmerada confección”, que debía quedar espectacularmente elegante combinado con las “rodilleras de pura lana merino”. Para las que no se atrevieran a andar imitando las vestimentas masculinas bajo las faldas y desearan, en cambio, llevar un andar levemente más complicado, la sección “bonetería” no olvidaba incluir varios modelos de “combinación-sobre” o “camisa-calzón” (hacían furor en crêpe chine, y podían incluir miles de cintitas de seda y similares), que se cerraban con botoncitos en la zona de la entrepierna y, seguramente, facilitaban el tráfico sensual un poco más que los calzones furiosamente cerrados en las rodillas. En cualquier caso, la Segunda Guerra Mundial, la incorporación femenina al mercado del trabajo y los avances en telas sintéticas fueron haciendo el resto, despejando despacito el camino hasta que, en los '60, las lencerías explotaron. Y el resto es historia más o menos conocida.

Agradecemos al Museo de la Ciudad por las prendas de las fotos interiores y de tapa, y al Museo Nacional de la Historia del Traje por facilitarnos el acceso a su colección de catálogos de grandes tiendas.



FOTO DE TAPA: PABLO PIOVANO



Ella y los otros

(De cómo la derecha se transforma en "el otro", discriminado, cuando una mujer se dice feminista)

Con ese nombre de cantante de boleros o de telenovela latinoamericana, la jueza Carmen Argibay decidió, desde el vamos, hacer declaraciones en calidad de valores éticos antes de que sus adversarios se encargaran de convertirlos en fallos morales que le salieran al paso como obstáculos en el ejercicio de su cargo como miembro de la Corte Suprema de Justicia. Su autoabscripción como feminista en un país donde el feminismo es un pozo ciego en el que las grandes retóricas intelectuales apelan al lugar común de que este movimiento no es más que un intento fallido de dar visos ideológicos al odio al hombre, merece respeto. Así como también su declaración de ateísmo, cuando se ha visto a tantos funcionarios ir a misa como parte del protocolo exigido por la Constitución y con la expresión transpirada de quien recuerda la urgencia de su agenda política. El revuelo de sotanas de cuyos dobladillos se ha colgado la oposición al presidente Kirchner fue acompañado por monsergas en torno al derecho a la vida desde su concepción y, en segundo plano, a que el ateísmo sería un atentado a la Constitución que exige el culto apostólico romano. Pero, como siempre, es preciso escuchar entre ondas y leer entre líneas. El diario *La Nación*, que se abrió de pliegos ante todas las impugnaciones a Carmen Argibay, desde su editorial del 4 de enero astutamente mostró la verdadera preocupación de la derecha que ahora, en habitual apropiación de las expresiones del adversario, habla de derechos humanos y discriminación al diferente: "ellos". Allí se expresa la preocupación porque Kirchner elija a alguien con una "ideología similar a la suya" y exhorta a la elección de un próximo miembro de perfil independiente y de otra ideología. ¡Ah, que no sean juezas ni Lita de Lazzari ni Elena Cruz! La editorial también manifiesta su alarma porque el apoyo de Argibay a declarar inconstitucionales las leyes de Punto Final y Obediencia Debida habría sido un voto cantado y prueba de la parcialidad de la jueza. Pero es casi transparente, tras la objeción formal, la toma de posición del editorialista (igualmente "parcial"). ¿El horror a la palabra "militante" no se debe menos al ateísmo de Carmen Argibay que a sus resonancias más recientes?

Es una tradición de la derecha adjudicar al adversario una ideología mientras que la propia sería un influjo natural, producto del divino que ahora se anuncia en términos de "pensamiento independiente". (Para un registro biográfico del espíritu independiente de Carmen Argibay ver "Quién es Carmencita" de Martín Granovsky, publicado en este mismo diario.)

Las objeciones con o sin sotana centradas en la declaración de Argibay a favor de la despenalización del aborto en un contexto de defensa de los derechos de las mujeres –que tradujeron, según la tradición conservadora, a la declarante como "abortista"–, pueden considerarse directamente obscenas por más niños no nacidos que se defiendan irresponsablemente en retórica demagógica y amarillista, puesto que nuevamente sitúan la cuestión del aborto en coyuntural chicana electoral, como cuando Duhalde y Menem la usaron contra la Alianza en las elecciones de 1999. Y lo que es peor, han sido realizadas desde la más supina ignorancia de los saberes desde los que han sido enunciadas: la ley jurídica y la Iglesia. Así el presbítero Guillermo Marcó, director de la oficina de prensa del arzobispado de Buenos Aires, en una carta dirigida a *La Nación* el 19 de enero, asocia feminismo-aborto-crimen y lo hace con el aval de las declaraciones del arrepentido Doctor Bernard Natanson que practicó 75.000 abortos y luego inició su conversión ante la visión de una ecografía. Marcó finge ignorar que la prohibición del aborto por parte de la Iglesia es de orden reciente y legislativo, no magisterio de la Iglesia. Ya que a lo largo de los siglos han existido divergencias entre los teólogos acerca de si el feto es o no una persona y cuándo es capaz de albergar un alma y que la prohibición unánime coincide con la aparición de un papado fuerte y la unificación de las leyes canónicas. Vaya el padre Marcó a leer a San Agustín y Santo Tomás. Y busque en Las Escrituras donde el aborto figura como metáfora de enfermedad o es condenado cuando un hombre golpea el vientre de una mujer embarazada hasta hacerla abortar. La argumentación de Marcó en nombre de los derechos humanos y apoyada en las declaraciones de Natanson equivalen a defender la vigencia de éstos basándose exclusivamente en las declaraciones del arrepentido Scilingo.

El grupo Human Life International, con poco cristiana grosería se pregunta cómo puede representar a la mujer argentina una atea, que "no osó formar familia". ¿Acaso Jesucristo no exigió la separación de la familia, el celibato menos como abstinencia sexual que como dedicación exclusiva a Dios? Evita y Victoria Ocampo no tuvieron hijos, sin embargo muchas mujeres se sintieron representadas por ellas en antípodas ideológicas e igual pasión. Las quejas de la Corporación de Abogados Católicos también defienden los derechos del niño por nacer, pero parecen olvidar que en el Código Penal se prohíben los delitos contra la vida pero no se asocia el aborto al homicidio. El agregado de que se trata del "homicidio de un inocente" corre por cuenta de la Corporación.

En medio de las falaces exigencias democráticas de la derecha, la mentalidad pluralista e independiente apareció a través de otra mujer cuando apoyó la candidatura de Argibay: Elisa Carrió, una opositora declarada a la despenalización del aborto.

Como ha dicho por ahí algún cura, el 85 % de los argentinos *se declara* católico, pero nuestra marca de fábrica sigue siendo la generación del '80, que cuestionable en muchas de sus acciones y premisas, excluyó la enseñanza religiosa de los programas escolares, aprobó el matrimonio civil y sostuvo en la gestación de la nación moderna un ideario positivista de cuño eminentemente laico. Sarmiento, Ingenieros y Borges eran laicos. Perón disimulaba.

Las mujeres que abortan, como dice la filósofa Laura Klein, saben que algo muere y que su decisión es trágica, por eso no se reconocen ni en los discursos antidespenalización del aborto ni en el de sus adversarios, que al conceder en discutir el momento en que el embrión puede ser considerado una persona aceptan tácitamente que se trata de un crimen *sólo que a partir de cierto momento*. Tampoco se identifican con las argumentaciones que señalan que una bellota no es un nogal o que, desde la ciencia, convierten el óvulo fecundado en un tumor o cuerpo extraño contra el que el cuerpo materno ejerce todas sus defensas inmunológicas. Incluso advierten la complejidad de plantear el aborto en términos de *derechos humanos*. El sentido común señala que no es lo mismo una mujer con tres abortos que una que ha matado a tres hijos nacidos. Entre abortar y matar hay un "como" denegado. Omitirlo da mayor fuerza terrorista al enemigo. Hay experiencias irreductibles a la metáfora. No hay nada como Auschwitz. Auschwitz es el fin del "como". Abortar no es como matar. Abortar=abortar. Y la doctora Argibay lo sabe.

RAMOS GENEREALES

Excomulgadas

Si alguna mujer mexicana estaba pensando en abdicar de su credo católico, hoy tiene una opción automática que la exime de presentar razones, quemar su certificado de bautismo u otras acciones extremas. Todo lo que se necesita en ese país pío para dejar de ser católica es acudir a la anticoncepción de emergencia ¡y en el acto será excomulgada! Así lo afirmó el presidente de la Pastoral de la Salud de la Archidiócesis Primada de México, Jorge Palencia. Ni siquiera hace falta confesar, como se trata de un tema de conciencia, basta ingerir la primera de las dos tomas reglamentarias para que la Santa Iglesia tache a la impía de su lista y la condene al desierto de los excomulgados. Lo que todavía no se ha aclarado es si correrán la misma suerte quienes han cometido la tropelía de incorporar en las cartillas de salud este método anticonceptivo.

Hábeas corpus por Romina

Romina Tejerina, la joven jujeña que fue violada, ocultó su embarazo y mató a la beba que parió en secreto en el baño de su casa porque veía en ella "la cara del violador", fue trasladada a un hospital neuropsiquiátrico después de un intento de suicidio. La medida fue tomada después de que su defensa presentara un Hábeas corpus en su favor ya que personal del Servicio Penitenciario de Jujuy la hostigaba permanentemente. "Yo creo que el único culpable de que me quiera morir es el juez Argentino Juárez, porque me hacía ilusionar y no decidía nada. En la tierra no hay justicia, sólo hay castigo para nosotras, las mujeres violentadas, necesitamos comprensión y no acusaciones de esta maldita sociedad machista", escribió Romina. Después de más de un año de cárcel, la situación procesal de Romina sigue sin definirse –ni siquiera está procesada–, aun cuando ya vencieron todos los plazos legales.

Contra el sida, el "Kamasutra"

Cursos de seis meses de duración son los que reciben las mujeres en situación de prostitución en la India para que puedan aplicar técnicas del *Kamasutra* destinadas a ofrecer placer erótico sin penetración. La idea es del Instituto para el Desarrollo Social Internacional con sede en aquel país, alertado por el incremento de los casos de vih/sida. "Hay 64 posiciones diferentes en ese tratado que evitan prácticas sexuales peligrosas", dijo R. Chaudhuri, directora del IDSI. Los resultados se evaluarán en seis meses.

YO, PECADORA

El prejuicio



El rubito monono del polvo de U$S 6000 (*Thelma & Louise*) se vino grande, musculoso, se dejó crecer el pelo y se puso una mini para hacer de Aquiles en el futuro estreno *Troya*. Y ahí lo tienen, durante el rodaje, convertido en una especie de inquietante travesti con un touch dominatrix (podría estar atendiendo a un cliente casado por el celular, por Dios sin que se entere Jennifer Aniston). Los protectores –como se llamen– de esas gambas sin un pelito se engaman con modernas zapatillas apropiadas para proteger el famoso talón vulnerable del maldito héroe que reventó a Pentesilea, la reina de las amazonas. Aunque este episodio no se narra en esta superproducción del mediocre Wolfgang Petersen, obviamente en la onda de la Antigüedad digitalizada del *Gladiator*. La verdad, somos prejuiciosas y aun sin verla preferimos las pelis de romanos de los '60 que se pasan a veces por Retro.

en nombre propio



CINE Talentosa y original, Sofia Coppola no necesita apoyarse en su prestigioso árbol genealógico, aunque adora a Francis Ford, su progenitor. Con su segundo largo, *Perdidos en Tokio*, que se estrena el próximo jueves, viene acaparando alabanzas y premios –entre ellos, tres Globos de Oro– y acaba de recibir tres candidaturas para el Oscar, entre ellas, la de Mejor Directora.

POR MOIRA SOTO

Con apenas cuatro millones de dólares, la chica Coppola está consiguiendo lo que pocos/as, muy pocos/as cineastas en el mundo: gustarle al gran público y a la crítica más exigente, a los cronistas que regalan pulgares hacia arriba y a la industria representada por los heterogéneos miembros de la Academia de los Oscars (que ha considerado su último film para tres posibles Oscars gordos). Esto sin contar los principales Globos de Oro ya obtenidos, y los incontables premios y candidaturas a Mejor Dirección, Mejor Actor, Mejor Actriz y Mejor Guión votados por diversas entidades que agrupan a críticos (e incluso directores) en Estados Unidos, y más allá. Ella, modosa y sonriente, agradece los halagos hacia una película, *Perdidos en Tokio*, que –al igual que la anterior que realizara, *Las vírgenes suicidas*, 1999 (en nuestro país sólo editada en video, también se pudo ver por cable)– no fue concebida pensando en el suceso comercial y menos aún en los Oscars. Sofia Coppola –según se la vio en la entrega de los Globos de Oro– pareciera tomárselo con calma, sin exteriorizar emociones como otros/as galardonados/as, quizá rumiando todavía que algunos de los que ahora la aclaman, la despedazaron –injustamente, sádicamente– cuando en 1990, a pedido de papi Francis Ford Coppola, reemplazó a Winona Ryder en el papel de Mary Corleone, en la tercera y última parte de *El Padrino*. No era ésta por cierto la primera aparición en cine de Sofia: además de haber estado en los dos *Padrinos* anteriores, también figuró en *The Outsiders* y *Rumble Fish* (ambas de 1983), *Cotton Club* y *Frankieweenie* (1984), *Peggy Sue Got Married* (1986) y *Anna* (1987). *El Padrino III* fue su primer y último casi protagónico, si bien se dejó ver en un par de películas más (*Inside Monkey Zetterlan*, 1992, y *Star Wars, Episodio I*, 1999).

A los 32, la bella Sofia Coppola podría considerarse una mujer realizada, por más que ella se crea a mitad de camino: la niña que a los 6 dibujaba helicópteros, explosivos y palmeras en el set de *Apocalypsis Now* y que muy pronto empezó a hacer películas caseras, no estudió en vano pintura en la Escuela de Arte. Esa base la aplicó a la fotografía después de encandilarse con revistas europeas de moda, y a los 15 ya estaba en París trabajando para Karl Lagerfeld. Más adelante, la joven de boca naturalmente pulposa, se metió con buen éxito en el diseño de indumentaria para varias firmas (en el cine hizo el vestuario de *Vida sin Zoe*, de *Historias de Nueva York*, 1989, y de *Spirit of '76*, 1990). También participó en el guión de *Vida...*, antes de dedicarse a escribir sus propios films: el notable corto *Lick the Star* (1998), el magnífico largo *Las vírgenes...*; la serie de TV *Platinum* (2003), que también produjo, al igual que su última obra, *Perdidos en Tokio* y algún que otro video clip. "Trato de hacer todo aquello que me interesa", se excusa con cortesía y cierta cortedad Sofia. "No querría llegar a los 50 y preguntarme qué habría pasado si hubiese hecho tal o cual cosa. Prefiero intentarlo."

VIRGENES ENIGMATICAS

La hermosa novela de Jeffrey Eugenides *Las vírgenes suicidas* llegó a manos de Sofia gracias a Thurston More, de los Sonic Youth, y ella se enamoró perdidamente de ese texto, "de su intensidad, su fuerza visual. Empecé a imaginarla hasta tener toda la película en mi cabeza". Entonces, aunque los derechos estaban comprados, Sofia se puso a escribir el guión. "Fue difícil porque evidentemente no podía incluirlo todo. Intenté captar lo más importante, la esencia de la historia." Vaya si lo logró, tanto que al ofrecer el guión a los productores les encantó, y cuando falló el director asignado y ella se propuso: su compromiso con *Vírgenes...* era tan fuerte y evidente ("amaba el libro y quería protegerlo") que la aceptaron. Es que S. C. había comprendido profundamente el miedo a crecer, el difícil pasaje a la adolescencia de las hermanas Lisbon, y conocía personalmente el dolor de la pérdida (su hermano Gian Carlo, murió en un accidente, cuando ella aún era una niña). Por otra parte, su familiaridad con las artes plásticas le proporcionó referentes como los fotógrafos Bill Owen, William Eggleston, Francis Zsabo, y en cine, ella reconoce la influencia de *Matar a un ruiseñor*, de Rotbert Mulligan, y *Badlands*, de Terence Malick, mientras que los críticos citaron a Goethe (*Werther*) y Silvia Plath (*La campana de cristal*) y no faltó quien la asociara con Salinger (Sofia aclara que no pensó en él, aunque le parece un bonito cumplido que se le encuentren parentescos).

Las vírgenes... transcurre a comienzos de los '70 en un barrio residencial suburbano de jardines prolijos y vecinos a tono. Pero algo funciona mal detrás de esa cáscara de normalidad: una de las cinco rubias hermanas Lisbon, la menor, de 13, ha hecho un intento de suicidio que sus padres se empeñan en llamar "accidente". Sin embargo, Cecilia reincide y esta vez lo logra. Con un resabio piradelliano la narración va registrando distintas voces, desde el recuerdo idealizado de los chicos (ya crecidos) del lugar que intentan despejar el misterio de esa tragedia inicial que al cabo del verano se multiplica por cinco. Acaso las chicas Lisbon, con terrible lucidez y valiente determinación, eligieron –entre una vida de insoportable hipocresía y una muerte anticipada– convertirse en leyenda.

Sofia Coppola declaró al estrenar *Las vírgenes suicidas* que no se identificaba con ninguno de los personajes, aunque la atraía Lux (la mayor, interpretada por Kirsten Dunst), "porque es la típica chica rubia americana, cosa que yo nunca he sido. Lo que más me impresionó de la novela fue la figura de los narradores, esos hombres que fueron jóvenes, miran hacia atrás e intentan recuperar momentos de la adolescencia, deseando que duren para siempre. Ese sí es un sentimiento con el cual puedo identificarme: la nostalgia del momento perfecto". *Perdidos en Tokio*, tan distinta en el tratamiento visual y en la historia que narra, se relaciona con ese sentimiento tan humano, tan fecundo en las artes: la evocación idealizada.

PERSIGUIENDO A BILL

A propósito del próximo estreno local, *Perdidos en Tokio*, unos cuantos críticos mencionaron *Brief Encounter* (1945) de David Lean, *Before Sunrise* (1995) de Ri-



SOFIA CON PAPITO COPPOLA



SCARLETT JOHANSSON Y BILL MURRAY EN *PERDIDOS EN TOKIO.*

chard Linklater y *In the Mood for Love* (2000) de Wong Kar-wai. Todo porque en *Perdidos*... un maduro y cotizado actor y la joven mujer de un fotógrafo fashion se encuentran en un lujoso hotel de Tokio, se atraen, se acompañan, discurren, se divierten, la atracción crece pero se separan sin hacer el amor.

Contrariamente a los que algunos productores suelen creer, sobre todo en Hollywood –que el final feliz es el principal ingrediente de la fórmula para el éxito–, el público ha demostrado en ocasiones su rotunda preferencia por lo que no fue, o fue un poquito y después se frustró: ahí tenemos a Rick renunciando patrióticamente a Ilsa (y condenándola a la desdicha matrimonial) en *Casablanca*, o a Rhett y Scarlett O'Hara separados al final de *Lo que el viento se llevó*, por no hablar de las incontables gargantas que anudó *La princesa que quería vivir*, es decir, Audrey Hepburn cuando desistía de concretar su romance con el galante periodista Gregory Peck. Y ya que estamos ¿cómo no recordar a dos memorables historias de amor en suspenso más recientes: *Jackie Brown* y *Los puentes de Madison*? También la tele se aprovechó de este encanto de lo que no fue pero podría ser, y tuvo a Mulder y Scully durante años deshojando margaritas intergalácticas en *Los expedientes X*.

De todos modos, lo que Sofia Coppola sabía de entrada era que quería a Bill Murray para el protagónico, la perseguía una imagen del actor sentado en una cama, con una bata tipo kimono ("ya el hecho de imaginarme su expresión me divertía"), imagen que finalmente no sólo filmó, sino que aparece en los avisos. Pero ese enorme actor que siempre fue y es Bill Murray (*Hechizo del tiempo*, *Rushmore*, *Los excéntricos Tenembaum*, etc.) resultó una figurita difícil: tuvo unos meses el guión sin responder mientras que Sofia lo llamaba, lo volvía a llamar dejándole mensajes persuasivos ("Es de hierro esa chica", sonríe él ahora, bien contento de haber hecho el film). "En mis sueños tenía que ser con Bill Murray y en Tokio, no había otra opción", reconoce la directora. Después de ocho meses de hacerse desear, el actor accedió, sin firmar contrato. "Nunca sería tan desenfadada para conseguir un chico como lo fui para tener a Bill en *Perdidos*...", sonríe ella recatada.

> "No querría llegar a los 50 y preguntarme qué habría pasado si hubiese hecho tal o cual cosa. Prefiero intentarlo."

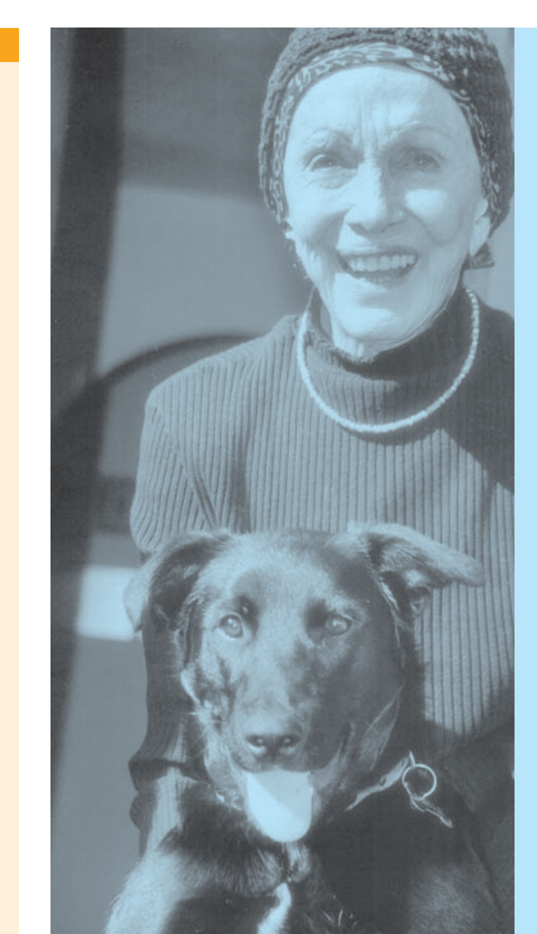
Bill Murray es, pues, Bob Harris, el actor famoso que, escapando por unos días de una situación matrimonial desventurada pero que soporta porque hay hijos de por medio, está en Tokio sin entender media palabra ni un cuarto de ideograma. El hombre, además, se siente en crisis con su profesión, sabe que debería estar haciendo teatro en lugar de vender whisky desde los afiches. Scarlett Johansson, joven actriz de 18 que nos hace creer que tiene 25, está a la altura de su partenaire en el papel de Charlotte, la casada con un descontento de Bovary posmo, que vagabundea por las dependencias del hotel. Su marido, embebido en su trabajo, apenas la ve, no la oye, sólo le dispensa algún mimo distraído. Y claro, Charlotte repara en Bob, Bob repara en Charlotte, ambos encuentran reparo mutuo en medio de las luces de neón, el gentío, las canciones que cantan uno y otra (y otros/as). El hombre y la mujer perdidos sin traducción y con jet lag se encuentran y consiguen intimidad sin sexo.

Al igual que en *Las vírgenes*..., Sofia Coppola –con tanto oído como sentido visual– recurre a los franceses de Air (*Alone in Tokio*) y a Kevin Shields y Brian Reitzell para la música incidental. También usa otros temas de manera dramáticamente expresiva: Murray haciendo, por ejemplo, *More Than This*; Anna Faris (perfecta como una modelo maniaca), enfatizando *Nobody Does It Better* o Scarlett Johansson flechando a Murray con *Brass in Pocket*. No es de sorprender que de regreso en Nueva York S. C. haya dirigido, como quien se toma unas vacaciones, un video de White Stripes, donde se le ocurrió poner a Kate Moss bailando.

Blanca y radiante

Así es como quiere ver Su Santidad (sobre todo de El) Juan Pablo II a las modelos más cotizadas del mundo, de blanco y cual vírgenes a punto de entregarse en cuerpo y alma al hombre de sus sueños, desfilando ante sus ojos (aunque no es seguro que pueda abrirlos) en el sacro salón de audiencias del Vaticano. Sí, las quiere blancas, las quiere enfundadas en los trajes de novia de las casas más caras de Italia. ¿Lujuria senil? ¿Alquiler del salón para compensar las arcas diezmadas por la corrupción de la curia? Nada de eso: se trata de una simple estrategia de mercado ¡para promover el matrimonio católico! ¿O acaso Ud. lector/a, es capaz de resistirse al deseo del vestido blanco? ¿No iría volando a pedir turno –y pagar por él, como es la tradición– en la iglesia más cercana sólo por vestir así aunque sea una vez en la vida? Vamos, no tema admitirlo. Además, eso de "lo que Dios une no lo divide el hombre" es sólo un decir. Basta ver las artimañas que desarrollan los católicos bienpensantes en los dos países dos que, por seguir las leyes de la fe del Sumo Pontífice, no han aprobado el divorcio: Chile y Lichtenstein. Que la dirección que dio ella en el contrato matrimonial no era la correcta, que está loca, que él es impotente o que nunca vivieron juntos, por escasos mil dólares y con alguna de estas inocentes acusaciones, cualquiera puede anular un matrimonio (aun cuando haya recibido la bendición del Papa). Un trámite más sencillo que el que propone el texto de la ley que podría cambiar la historia del vecino país e inscribirlo entre los herejes que ya cuentan con ley de divorcio. De aprobarse esta ley, una vez manifestado el deseo de separación, las partes deberán esperar para hacerla efectiva entre tres y cinco años, siempre y cuando el juez de turno no considere que es demasiado daño moral o patrimonial para alguna de las partes. No es para quejarse, hasta ahora, con esto de las anulaciones la cuota alimentaria no existe o se le puede reclamar al Vaticano. ¡Y después dicen que Chile podría ser la avanzada reaccionaria en el Sur! ¿Por qué no le preguntan al Papa, a ver qué opina de la nueva ley?





La última selk'nam

TESTIMONIO Anne Chapman viajó por primera vez a Tierra del Fuego en 1964, cuando supo que allí vivía la última mujer que había compartido las tradiciones de los selk'nam, Lola Kiepja. Entre las dos fueron los cantos registrados en el grabador de la francesa, el primer vínculo que habilitó la confianza y develó los últimos secretos de esa cultura exterminada.

POR SONIA SANTORO

Durante 40 años, Anne Chapman viajó de Europa al extremo sur americano para estudiar a las últimas etnias que lo habitaron: los selk'nam y los yaganes. No era lo que más le interesaba, pero se encontró con la evidencia de los últimos testimonios directos de esa cultura y nadie más que los recogiera. La paciencia y la dedicación de esta etnóloga norteamericana le han permitido reconstruir la vida de esos pueblos, que fueron arrasados por la "invasión blanca" con una velocidad aterradora, a través de las dos informantes de sus campañas, Lola Kiepja y Angela Loij, las últimas selk'nam.

–¿Cómo llega de París a Tierra del Fuego?

–Eso fue en 1964, yo tenía amistad con la arqueóloga Anette Lamins-Emperaire, que había trabajado en Tierra del Fuego. Ella me contó sobre una mujer que, según ella, era la última de los onas. Y eso me interesó: la última persona en tan importante cultura merece conocerla. Yo estaba con el grupo de Lévi-Strauss trabajando en Honduras, y él me dio permiso de variar mi trabajo de campo. Así que fui con su grupo como asistente. Ella iba a hacer un reconocimiento en la isla Grande de Tierra del Fuego.

Ya a fines de año iban a ver el lago Fagnano, en la sección argentina de Tierra del Fuego, donde había una especie de reserva, aunque quedaban pocos y Lola vivía allí. Ella me recibió con mucha amabilidad porque estaba sola. El puestero le daba carne, leña, no tenía compañía. Así empezó la cosa. Yo la empecé a grabar y le gustó mucho oír su propia voz cantando. Así, yo grabé algunos cantos de ella y luego tuve que volver a Honduras. Y cuando volví a París, le mostré a un musicólogo y a él le interesó mucho. Bueno, yo tenía interés de todas maneras, así que volví.

–¿Lola era la última selk'nam?

–Sí, era la última que había vivido la vida de ellos. Había otros que sabían mucho, pero la vida se había acabado en parte por las grandes epidemias de la época. Luego yo volví en el '66, sobre todo para seguir las grabaciones de los cantos, que era lo más fácil para mí; como yo no podía hablar, yo no podía profundizar su pensamiento. Luego, desgraciadamente, ella falleció en octubre del '66. Como sus cantos tienen palabras en selk'nam, en ona, yo no lo pude traducir, así que volví al otro año para traducirlo con Angela Loij, otra selk'nam que sabía algo de castellano. Y hablando con Angela me di cuenta de que ella sabía mucho también. Así que así siguió durante tantos años, pero con idas y vueltas.

–¿Por qué se les dice onas?

–Esa es la palabra en yagan que designaba a los selk'nam, que fue conocida por Thomas Bridges, el misionero que más quedó con los yaganes. Yo sostengo que quiere decir "gente del norte" o "país del norte". Lola, por ejemplo, que tenía poco contacto con los yaganes, creía que ona era una palabra inglesa.

–¿Cuántos llegaron a ser los selk'nam y los yaganes?

–No se sabe cuántos eran. Pero digamos que los selk'nam eran 3500 o 4000 (antes de 1880), según Martin Gusinde. Es difícil saber porque vivían dispersos en pequeños grupos. Casi toda la isla Grande era habitada por los selk'nam, un poco por los haush en la península y un poco por los yaganes en el canal de Beagle. Y los yaganes se cree que eran menos, unos 3000, ahí por 1860. Esto antes de que empezara el desastre.

–Hábleme del desastre.

–En esa época empezó la ocupación de su terreno y murieron casi todos en unos 20 o 25 años. Porque los agentes de las grandes estancias que venían de Punta Arenas protegían sus rebaños de ovejas y los selk'nam a veces los atacaban y les mataban los animales, más de lo que necesitaban para comer, como para controlar esta invasión. Y los estancieros no tenían piedad, salían con sus tropillas de administradores y mataban hombre y mujer, lo que sea. Luego, los misioneros persuadieron de que no los mataran, que los iban a mandar a las misiones que ellos iban a establecer en la isla Dawson, en el estrecho de Magallanes y en Candelaria, en Río Grande. Así que muchos se salvaron de esa manera, pero algunos otros no estaban de acuerdo con ir a la misión. Y no es que los trataran mal, pero luego se supo que murieron muchos en las misiones por las enfermedades contagiosas para las que ellos no tenían remedios ni doctores.

–¿Cuántos años tenía Lola cuando la conoció?

–No se sabe; yo digo 85 o 90. Ella estaba muy despierta.

–¿Cómo la recibió?

–Cuando uno va como yo, que tiene paciencia y quiere saber lo que cuenta, les gusta eso porque tienen un público que realmente les interesa. Y uno siempre tiene que pagarles algo porque toma su tiempo.

Chapman, investigadora del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de Francia y del Museo del Hombre de París, es autora de importantes libros sobre los selk'nam y los yaganes, y los tolupan de Honduras, sobre los que también dirigió documentales y editó discos para perpetuar los testimonios orales y visuales de esos pueblos. Uno de sus libros fundamentales es *Los selk'nam. La vida de los onas*. Y pronto publicará *The Native People of Cape Horn Before and After Darwin*: cuatro siglos de historia enfocados en los yaganes.

Chapman partió de los trabajos del etnólogo austríaco Martin Gusinde, que estuvo en la isla Grande de Tierra del Fuego a principio de los años '20 y es el referente en la materia. Pero, a diferencia de él, sus principales informantes fueron mujeres. Con ellas pudo reconstruir la forma de vida de ese pueblo, sus concepciones culturales e ideológicas basadas en una vida espiritual sorprendentemente rica en comparación con los escasos recursos materiales y tecnológicos que poseían. Y ahondar sobre el hain: la ceremonia de iniciación masculina en la que los hombres encarnan distintos espíritus, disfrazándose y pintándose el cuerpo entero, y que es también un ritual sobre las relaciones de poder hombre/mujer.

–El hecho de que sus fuentes hayan sido principalmente mujeres, ¿aportó alguna perspectiva distinta?

–Eso es cierto. Gusinde no podía trabajar bien con las mujeres selk'nam porque los hombres eran muy celosos, en el sentido de que no querían que Gusinde revelara el secreto. El secreto de los hombres era que las figuras con máscaras (del hain) eran seres humanos y no espíritus como les hacían creer a las mujeres. Pero el secreto era, en realidad, que las mujeres sabían. Porque yo tuve informantes mujeres que Gusinde no tuvo. Angela sobre todo me reveló, sin decirlo abiertamente, que las mujeres sabían. Entonces, el secreto era de ellas porque no podían revelar a los hombres que sabían.

–¿Qué es el hain?

–Yo digo que el hain es como el teatro, nadie nunca ha dicho eso, pero yo lo digo porque es evidente que las mujeres estaban un poco actuando. Y, en ese sentido, se divertían. Porque sabían muy bien que los hombres eran estos espíritus.

–¿Qué objeto tenía?

–El objeto era entrenar a los jóvenes para la caza. Porque la caza de guanaco era difícil y había que salir al campo con los más experimentados, con los hombres mayores y entrenar a los jóvenes sobre cómo cazar, cómo aguantar el frío, cómo aguantar el hambre, cómo saber recibir a los guanacos. Y acentuaba eso el objeto de dar miedo a las mujeres, de mantenerlas en su lugar. Pero también las mujeres se divertían bastante con eso.

–¿En qué consistía?

–Había muchas figuras. Una se llama shoort. Ellos castigaban a las mujeres, eran muy bravos. Iban al campamento donde estaban las mujeres y si tenían noticias de una mujer que no apreciaba a su marido, que no era sumisa –era un patriarcado–, le pegaban, le tiraban sus chozas. No las mataban, pero ellas no tenían derecho a mirarles cuando pasaban. No se olvide de que ellos eran espíritus para las mujeres, estaban todos pintados de rojo y blanco en general. El hain duraba meses y había muchos personajes. También estaba Kulan. No sé por qué Gusinde no tiene fotos de ella y es una de las más interesantes, porque en una sociedad patriarcal donde trataban de controlar a las mujeres era una mujer que hacía el amor con cualquiera. Y otro personaje era el marido cornudo que estaba celoso y miraba las chozas preguntando: "¿Con quién está Kulan, con quién está haciendo el amor?". Se paraba arriba de la choza y hacía brincos de enojo. Pura comedia. Y luego, a veces frente a la choza, Kulan se reunía con un círculo de hombres pretendientes, amantes, y luego ella tomaba uno por uno, eso es lo que dicen, y hacían no sé qué escena sexual. Esa era la idea. Pura comedia.

–¿Cómo era la vida de las mujeres?

–Bueno, hacían el trabajo que siempre hacen las mujeres. Y lo más difícil, lo más arduo, era llevar todo el cargamento en sus espaldas cuando iban de un campamento a otro. Todas esas pieles de guanaco que usaban en sus carpas, todo eso lo cargaba la mujer. Lola se quejaba de que tenía tanto frío en las manos, le dolían; pasaron tantos años e igual se acordaba de eso.



FOTOS: HUGO GUTIERREZ

CHIVOS REGAL

Espinos, pero delicados

Weleda presentó una línea de cosméticos basada en espino amarillo, que combina aceites de las bayas con aceites de sésamo y esencias naturales de naranja y mandarina. Aceite, leche corporal y crema de manos son indicadas para todo tipo de pieles, pero especialmente para aquellas secas, por las virtudes humectantes e hidratantes que, además, previenen los efectos del viento y el sol veraniegos.





Gafas top

La empresa de indumentaria informal Wanama anda estrenando en ópticas su nueva línea de anteojos de sol en colores ultramodernos (hielo, sepia claro, sepia anaranjado, rosa, borravino, gris espejo, gris compacto y verde) y materiales cosmopolitas (policarbonato francés, alpaca italiana). Todas las lentes garantizan 100% de protección UV, son espejadas y fueron sometidas a un tratamiento antirréflex, además de tener alta resistencia a los impactos. Se consiguen entre 130 o 210 pesos.



Lanzamientos y degustaciones

Como parte de los festejos del lanzamiento de la campaña 04, Finca Santa María está obsequiando con degustaciones de sus varietales, bi-varietales y varietales premium a afortunados y afortunadas que pierdan sus pasos por restaurantes y balnearios de Playa Grande y el sur de Mar del Plata (como los de la cadena Cabrales), discos como El Coyote o Sobremonte, y en los palcos vip de algunos partidos en el estadio mundialista. Como si fuera poco, la firma participará de Vinos de la Costa, la 1ª exposición de Bodegas Argentinas.

ESCENA



Cathy, la matemática y los otros

Gabriela Toscano descuella en el no siempre homogéneo elenco –Pablo Rago, Daniel Santoro, Carola Reyna– de *La prueba*, obra del joven autor norteamericano David Aubern, ganadora de varios premios. Toscano hace el difícil papel de Cathy, una chica veinteañera que consagró algunos años a cuidar a su padre, enfermo mental que acaba de morir al comenzar el relato escénico. Cathy ha heredado el talento paterno, pero ha relegado sus estudios universitarios, y el aislamiento la ha convertido en una persona chúcara, desconfiada, que duda de su propia cordura. Pero la joven no ha estado realmente inactiva respecto de la matemática sino que ha trabajado secretamente en una prueba que revela su genio. Sin embargo, su hermana Claire y Hal, discípulo del padre, no creen que el descubrimiento le pertenezca. Con una tonalidad chejoviana aggiornada, y una mirada más esperanzada que la del escritor ruso, Auburn ha escrito una pieza que conmueve con nobles recursos, y que el puestista Carlos Rivas ha comprendido cabalmente, llevándola a escena con sutil sensibilidad.
Miércoles y jueves a las 21, viernes y sábados a las 21.30 y domingos a las 20.30. Multiteatro (Corrientes 1283). Entrada: $ 20.



Tango desatado

Ultimo show del cuarteto que levanta las banderas de la vieja guardia y sus temas tradicionales, pero que también incorpora composiciones propias en veladas cuidadas con flauta traversa, bandoneón, guitarra y contrabajo. La dirección y los arreglos corren por cuenta de Paulina Fain, que también es responsable de algunas composiciones.
Mañana a las 17.30 (última función). En Casa Club Palermo (F. Acuña de Figueroa 1584). Entrada libre y gratuita.

Bravísima



"De mañana me levanto porque sé/ que es humano prepararle su café./ Luego marcho al mercado a comprar/ y regreso como flecha a cocinar./ Preparo el bistec como un savarén,/ descamo el besugo, lo pongo al gratén,/ y mientras se ducha mi dulce amorcito,/ zurzo calcetines cantando bajito./ Si me sobra tiempo después de almorzar,/ loca de contenta me pongo a planchar", entona con gracia e ironía Miriam Penela su personal versión de *Esto sí es amor*, y el público casi se cae al piso de risa. Este viejo tema es uno de los incunables –junto a otros más conocidos– que rescata, sacándole mucho brillo, Miriam en su show *Muñeca brava*, donde ofrece un escogido ramillete de temas (*Arrabalera*, *Mamá yo quiero un novio, Los amores con la crisis*, *La gorda*, *La fea*, *Ilusión Marina*, *De mi barrio*, *Julián*, *Muñeca brava*...) que canta y actúa con auténtico enfoque de género. Y una irresistible comicidad que, casi sin transición, se trueca en dolorosa evocación al hacer piezas como *De mi barrio* y, sobre todo, *Malena*, de la que brinda una versión musicalmente perfecta, hondamente desgarradora.
No por azar, Mirian Penela, instalada en Madrid desde el '93, rinde interpretaciones tan ricas, diversificadas y afinadas: egresada del Conservatorio de Arte Dramático, también cursó canto en el Manuel de Falla. A cantar empezó en el '85, paralelamente a su carrera de actriz (aquí hizo *Las criadas*, dirigida por Mónica Cabrera; en España, *El homosexual o la dificultad de expresarse*, de Copi). MP está culminando sus impagables presentaciones.
Hoy, en trasnoche a la 1, en Clásica y Moderna, Callao 892 a $ 8 (4812-8707).

MOSTRAS



Retratos de mujeres

Ive Hagen es la artista tras la muestra que, auspiciada por la Embajada de Noruega, recorre mediante fotografías la iconografía asociada a distintos tipos de mujeres y sus representaciones.
Centro Cultural Recoleta (Junín 1930), Sala 8 (desde el 5 de febrero).



REGALITOS

Delivery de muchachos

Como manera de enfrentar lo que queda del verano (es mucho todavía) con algo de ilusión, la señal Cosmopolitan organiza un concurso para que tod@s sus televidentes tengan la oportunidad de obtener uno de esos Calendarios Hombres Cosmo 2004 que tan bien quedan en la pared de la cocina. Desde mañana y hasta el 29 de febrero, l@s interesad@s deberán ingresar en el sitio web del canal (*www.cosmopolitan.tv*), completar un formulario con sus datos personales y responder tres preguntas vinculadas con la programación de la señal. Quienes resulten beneficiad@s por la fortuna, recibirán por correo uno de los 100 calendarios en danza. Si quieren anticipos de lo que pueden ganar, sólo queda sintonizar el canal el 2 de febrero a las 17.30 (hay repeticiones el miércoles 4 y el domingo 8) y ver el especial presentado por Daisy Fuentes.

ESCUCHO

Tiempo al tiempo

Tal es el nombre que, hace unos cinco años, tres periodistas de gráfica eligieron para pegar un salto a la radio y construir un espacio propio en torno a temas económicos y políticos. Ahora, Dolores Valle (editora en *El Economista*), Silvia Naishtat (editora en *Clarín*) y Josefina Giglio (redactora de *La Nación*) empiezan el 2004 con la mudanza del programa a Radio El Mundo y algunas novedades, como la incorporación de Susana Reinoso como columnista de cultura y medios de comunicación.
Radio El Mundo (AM 1070), sábados de 11 a 12 hs.

Perlas en TV

Viernes y sábado para apoltronarse en **Retro**: **Hoy**: a las 23, una entrega de *Sexo y censura*, documental con la participación especial de Rock Hudson y Doris Day en comedias de los '50; Russ Meyer y la sexploitation; Fellini y *La dolce vita*; el código Hys; Antonioni y *Blow Up*; el James Bond de Sean Connery; Jane Fonda y *Barbarella*...

Sábado 31: a las 11, *El maquinista de La General*, con el poeta Buster Keaton.

A las 14, *Por unos dólares más*, segundo spaghetti western con Clint Eastwood dirigido por Sergio Leone;

A las 16.15, *La muerte en acecho.* Mucho ojito, porque ésta sí es una rareza fuera de serie: se trata de *The Hitch-Hiker* (1953), uno de los films que realizó en Hollywood la actriz, guionista, compositora de canciones y cineasta Ida Lupino (1918-1995). Artista que, si bien fue revisada y valorada más tarde por la crítica feminista, aún no termina de alcanzar la estima y la difusión que merece su obra como autora (un ciclo en la Lugones, por favor). Inglesa, de formación shakespeareana, Lupino recaló en Hollywood en 1934, con su belleza morena y sus ojos violetas. Actuó bajo la conducción de grandes directores (Raoul Walsh, William Willman, Rouben Mamoulian) siempre prefiriendo los personajes femeninos fuertes y luchadores. Cuando la Warner la dejó de lado, fundó su propia productora junto a su entonces marido Collier Young, y estaba protagonizando el primer film de la casa cuando el director enfermó. Sin dudarlo, Ida completó el rodaje. De ahí en más dirigió obras siempre personales e inteligentes, en las que se destacaba la temática de género: *Not Wanted* (1949), sobre una madre soltera; *Outrage* (1950), estudio sobre el impacto de una violación; *Hard Fast and Beautiful* (1951), criticaba la corrupción del tenis y analizaba las relaciones madre-hija; *The Bigamist* (1952), se metía con las dificultades de la monogamia. El thriller que se exhibe el sábado refleja el enfoque desde el punto de vista femenino de la violencia. Con Edmond O'Brien y Frank Lovejoy, como dos hombres cuyas tranquilas vidas son amenazadas por un psicópata.

Para completar el sábado, a las 19.10, la comedia chiflada *El Dr. Goldfoot y su máquina de hacer chicas* con el impar Vincent Price.



EMPRESAS

Alguien te está mirando

Si en un rapto de distracción usted salió del baño presa del espanto por la señora que husmea desde arriba del mingitorio o frente al inodoro, no se asuste. Tampoco empiece a correr por la embarazada y el gordo que compiten por el perfil más voluminoso en los lockers. No se trata de una epidemia de curiosidad malsana, sino de la nueva campaña que la señal Sony ha lanzado en sitios no tradicionales para "llegar a la gente justo cuando se preparan para ejercer su poder" (aunque no queremos saber exactamente a cuáles se refieren). Quedáis vosotras debidamente avisadas.

TALK SHOW POR MOIRA SOTO



La deleitable levedad de las parejas

(O todo lo que pueden hacer los buenos diálogos –de la serie Coupling– por dignificar la mesa del bar)

Tres tipos divagan en la mesa de un bar; tres chicas parlotean en otra mesa; en ocasiones, ellos y ellas –que mantienen relaciones amistosas, han sido, son o serán amantes alternadamente, sin excluir a ciertas/os extrañas/os al grupo– se reúnen alrededor de una misma mesa y siguen platicando, casi siempre en torno del sexo (ellos), de las relaciones entre unas y otras/os (ellas). Salvo algunas situaciones que ocurren en la casa de los personajes, el escenario habitual de estos/as treintañeros/as que discurren en la serie inglesa –de la BBC– *Coupling* (media hora –¡sin cortes!– los viernes a las 21, repite los domingos a las 19, por I-Sat) es el bar. Al que, por ejemplo, llega Jeff, un tierno lunático cuyas ansias sexuales se frustran de continuo, y le dice a su amigo Steve –un lánguido melanco recién caído del catre– que tiene miedo de decir la palabra incorrecta en una entrevista de trabajo. "Por ejemplo, pezones", detalla. "¿Por qué la dirías?", quiere saber Steve. "Porque acabo de metérmela en la cabeza", es la respuesta. "¿Por qué pezones y no nalgas?", indaga indiscreto Steve. "Oh, perfecto, te lo agradezco. Ahora además se me metieron las nalgas. ¿Por qué no me dices también vulva?" Aquí es cuando llega el tercer amigo, Patrick, el superdotado que alardea de sus medidas, y quiere saber qué es lo que altera tanto a Jeff. "Tiene partes femeninas multiplicándose en su cerebro", anuncia con su gesto más displicente, la cejita arqueada, Steve. Patrick, cómo no, tiene la solución: "Imagina al panel desnudo". Pero Jeff no tiene paz: "Ellos podrían imaginarme a mí desnudo; ¡entonces, seré un hombre desnudo que dice vulva!".

Tal el registro de esta serie brillantemente escrita e interpretada, que algunos se empeñan en comparar con *Friends* cuando en verdad –especialmente en la zona masculina– el registro de *Coupling* está más cerca de la lógica de los sueños, del sinsentido que se va por las ramas: ellos suelen poner el inconsciente (sexual) sobre la mesa del bar, al lado del vaso de cerveza y así deschavar sus fantasías, miedos, desatinadas estrategias, incluso traumas de infancia. Así, el contenido es picante, pero su formulación es oblicua, indirecta, cargada de sugerencias, pero jamás obvia. Ellas, por su lado, no son más sensatas, aunque Susan –que nunca fue santa ni lo será– tiene los pies más cerca de la tierra que la loca de atar de Jane –que informa por radio sobre el tránsito desde un helicóptero, y es muy capaz de provocar accidentes con sus mensajes eróticos–, mientras que Sally –que se queja de que su cara engordó por ponerse muchas cremas nutritivas– es más mala que los alacranes a la hora de la siesta.

La gracia deliciosa de *Coupling* no sólo reside en la velocidad e inventiva de los disparatados diálogos y en la inteligente parodia con que se trata el tema básico y principal. Las actuaciones de Jack Davenport, Sara Alexander, Gina Bellman, Kate Isitt, Ben Miles y Richard Coyle contribuyen felizmente a que la diversión sea incesante. A ninguno/a se le ocurre payasear, parodiar, hacer monerías para que se entienda el chiste. Actrices, actores y director tienen clarísimo que la comedia desbocada funciona si las líneas chistosas se dicen con seriedad. Porque merced a ese choque, a esa aparente oposición, surge el humor, la risa inteligente. Por eso, cuando las chicas creen que Steve –por ahora novio de Susan– es infiel masturbándose, Sally dictamina con toda gravedad: "El tema es que los hombres no deben tener acceso solitario a sus erecciones. No son como nosotras: sólo tienen unos pocos cartuchos por día".

Ah, hay una copia casi textual de *Coupling* hecha en Estados Unidos que va los martes a las 21.30, por Sony, y que es al original lo que la *Psycho* de Gus van Sant a la obra maestra homónima de Hitchcock. Pueden correr el riesgo, pero no se aceptan reclamos.

EL SEXO DE BACO

Carmen Pérez conoce las prácticas sexistas que vician la cultura del vino. Ella ama esa bebida y, además, es directora creativa del Fondo Vitivinícola de Mendoza.

POR NATALIA PAEZ

Dos siglos antes de Cristo, Catón el Censor recordó a los romanos los preceptos a los que debían ajustarse: "El hombre es el juez de su esposa y sus dictámenes no pueden ser apelados. Si ella comete adulterio o si la sorprenden bebiendo vino, su marido tiene el deber de matarla". Dos milenios después de Cristo, y a pesar de los avances, el mundo del vino sigue siendo un reducto masculino. El marido no mata a su mujer si bebe, pero se espera que él sea quien elija el vino.

Aunque lentamente –y no sin complicaciones– las mujeres van ganando lugares en las viñas, en las bodegas, en los laboratorios, en los medios. De hecho, Mendoza, la principal provincia productora de vinos del país, tiene como ministra de Economía a Laura Montero, una agrónoma que viene del sector vitivinícola. Sin embargo, no todo en esta vida es un vino de postre: dulzón y suavecito.

Carmen Pérez tiene 29 años, bebe mucho y no calla. Dirige la revista de economía vitivinícola *Estrategias & Mercados*. Participó en la redacción de los libros *Vinos de Argentina*, del afamado enólogo francés Michel Rolland, y *La vitivinicultura hace escuela*, manual para docentes. Es autora de la *Guía de Bodegas y Vinos 2004*, de editorial Caviar Bleu; es directora creativa del Fondo Vitivinícola de Mendoza, organismo dedicado a la promoción del consumo de vinos. Fue jurado en degustaciones regionales e internacionales. Y dicta cursos de degustación.

–Aunque sea por un objetivo de mercado, ¿no se pensó en cómo abolir las prácticas sexistas que rodean a la cultura del vino?

–Desde el punto de vista de la publicidad, es curioso el hecho de que en los últimos años el mundo del vino haya "descubierto" el enorme nicho de consumo que representan las mujeres. Pero el efecto sexista es más que evidente cuando las muestran no en una actitud adquisitiva, sino como una muñequita decorativa que agrega glamour a la pieza publicitaria. Que hoy veamos más mujeres –jóvenes y bellas– en las publicidades de vinos no quiere decir que se han dejado de lado las prácticas sexistas. En medio del boom del negocio vitivinícola muchas de ellas todavía gozan de buena salud.

–¿Cuáles son las más recurrentes?

–No habrá igualdad mientras en un restaurante la carta de vinos se la den a él, mientras no nos dejen descorchar –como si el sacacorchos fuera una herramienta de difícil manejo para nuestro género–. Pierdo la paciencia cuando voy a una vinoteca y al elegir una botella me preguntan "¿es para su marido?". El saber que implica la cultura del vino ya no es excluyente y masculino: nosotras también elegimos, compramos, degustamos, sugerimos, descorchamos y brindamos.

–Es una vieja costumbre...

–En la cultura romana, las mujeres no podían beber vino excepto con fines religiosos. Supongo que esta prohibición deriva del temor a sus efectos desinhibidores. Recuerdo un indignante proverbio chino: "Cuando bebáis vino con vuestros amigos, alojad a vuestras mujeres en los patios del fondo, porque si no, con sus risas y cuchicheos os perturbarán y no podréis disfrutarlos".

–También está el mito de que las mujeres sólo beben vinos blancos, dulces y ligeros.

–En más de una ocasión hemos escuchado a un enólogo decir ante un vino ligero, de poco carácter, que se trata de un vino para mujeres o "afeminado". En el fondo de este mito subyace el hecho de que la cultura del vino ha estado ligada a un saber que por mucho tiempo se reservó a los hombres. De ahí que sólo quien posee ese saber puede aspirar a los vinos más complejos.

–Un columnista de la revista *Master Wine* formó la Cofradía de los Caballeros de las Copas. ¿Qué opina de ellos?

–Sé que es un grupo en el que –por reglamento– se excluye a las mujeres y el argumento es que la decisión se tomó por "razón de prioridades". Ya que si la cofradía las incluyera, éstas tendrían la prioridad en los intereses de los caballeros y se perdería atención en los vinos.

–Lo que no deja de ser una actitud sexista.

–Pero ellos dicen que no es así y para corroborarlo citan al australiano Alan Young, autor del libro *Making Sense of Wine*: "Las mujeres tienden a ser más conscientes de los colores que los varones –debido quizás a un entrenamiento temprano desde la niñez, particularmente en relación con la tonalidad y textura de la tela del vestido–. No es sorpresivo que esta habilidad para distinguir les dé a las mujeres la delantera en lo que respecta distinguir color y limpidez".

–¿Cuál es el porcentaje de mujeres que son jurado de vinos?

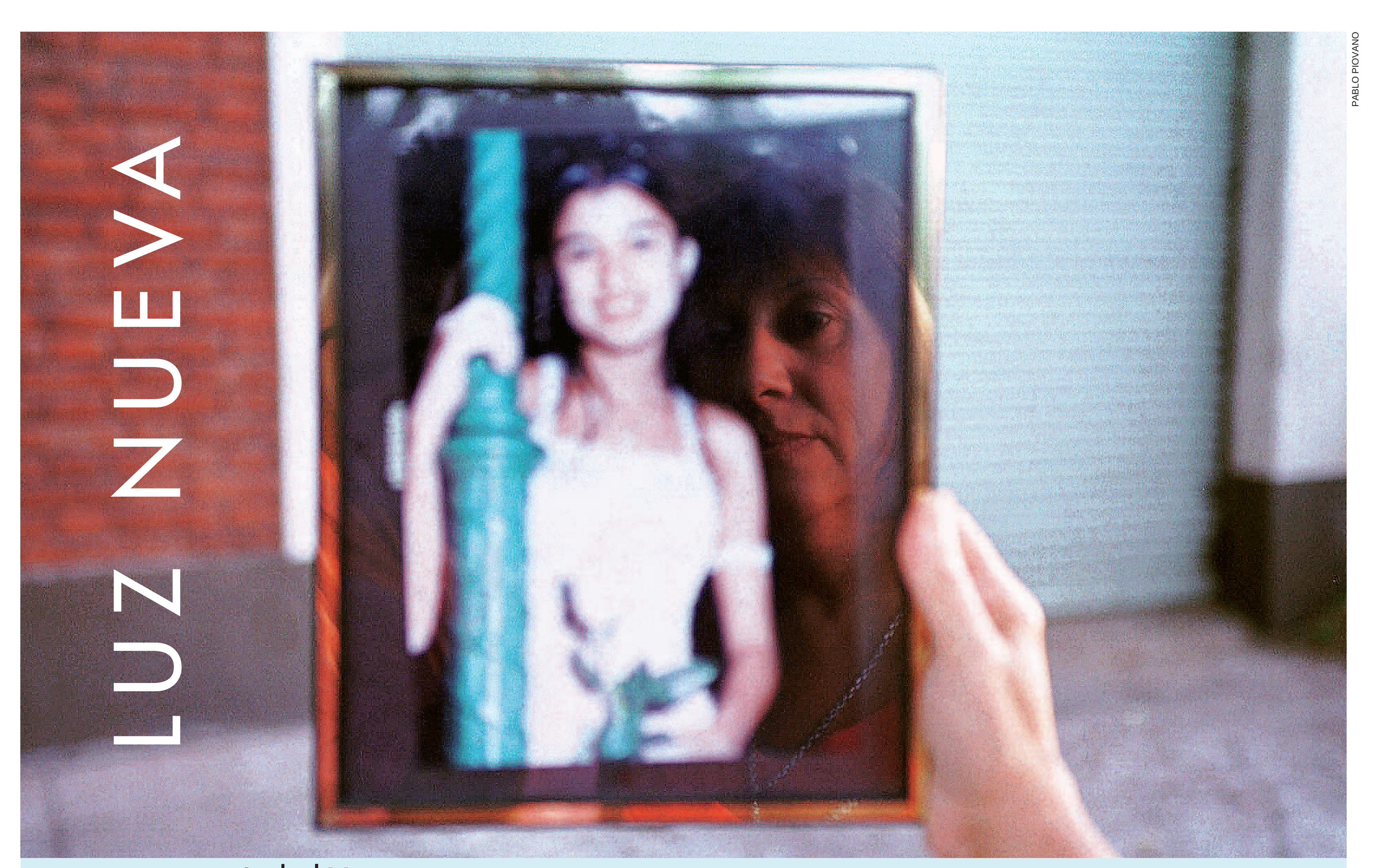
–En Vinandino 2003, que es el concurso de vinos más importante del Hemisferio Sur y se realiza cada dos años en Mendoza, había 12 mujeres de un total de 44 jurados. Pero la buena noticia es que la presidencia de la Federación de Grandes Concursos Internacionales de Vinos la tiene una mujer: la francesa Beatrice Da Ros.

–¿Y cuál es la participación femenina en Argentina?

–En nuestro país la primera escuela de sommeliers la abrió una mujer: Marina Beltrame. Entre las expertas de la primera hora están las periodistas Fanny Polimeni, editora de *Cuisine & Vins*; Elizabeth Checa, quien curiosamente por mucho tiempo firmó su columna sobre vinos en *Clarín* con seudónimo masculino y ahora es la editora de contenidos de El Gourmet.com.

–¿Cuál es la anécdota que más le impactó respecto de las prácticas sexistas del vino?

–Una reconocida enóloga y degustadora española, Isabel Mijares, me contó que cuando ella se graduó a fines de los '50 era muy mal vista una mujer dentro de la bodega, y mucho más si estaba menstruando: pensaban que el vino "se arruinaría" si una mujer "violaba" la puerta de la bodega.



PABLO PIOVANO

LUZ NUEVA

SOCIEDAD La vida de **Isabel Yaconis** cambió abruptamente desde que su hija, Lucila, fue asesinada y violada a ocho cuadras de su casa. En aquel momento un vecino escuchó sus gritos, pero quien la atacaba se excusó diciendo que era su novia. Ese guiño fue suficiente, el hombre ni siquiera llamó a la policía. Hoy, Isabel sigue buscando testigos para que la luz de su lucha desgarre la impunidad.

POR LUCIANA PEKER

El agua cae en un barrio porteño que todavía tiene la arrogancia de un pedacito de tierra. El agua no tiene principio a la vista, pero Isabel ya conoce el rostro del nombre que está al principio del agua que cae. "Soy yo, Ana", dice y la barrera del agua baja para dejarla pasar. "Nosotras éramos madres de criar a nuestras hijas en la vereda y mirarlas jugar desde la ventana", define. La barrera del agua le da paso a una calle sin salida –Vilela– que Isabel camina sin miedo, aunque sin querer llegar hasta el final, donde el alambrado le marca la frontera entre la vida y la muerte.

El 21 de abril del año pasado, ahí, a 50 metros de su casa, del otro lado de la vía del ex Ferrocarril Mitre, en Núñez, un hombre –todavía un NN que ella busca desesperadamente para que la impunidad no lo deje descansar en paz– intentó violar a su hija, Lucila Yaconis, de 16 años, ella no lo dejó y él la asesinó.

"Lucila murió defendiendo su integridad sexual", resalta Isabel. Lucila es una víctima emblemática de la violencia contra las mujeres en la Argentina. Fue atacada sexualmente cuando venía de la casa de su abuela, todavía con el uniforme del colegio, a las 19 horas. Se resistió a ser violada y fue asesinada en represalia. No hay pistas sobre su asesino. Pero tampoco hay un mea culpa de los que la pudieron haber salvado y no hicieron nada por creer que cuando a una mujer le pegan "por algo será".

Lucila fue atacada –por omisión– por el machismo que legitima la violencia contra las mujeres. Alguien escuchó el ataque, alguien escuchó las quejas de Lucila, su jadeo, sintió en sus orejas su dolor. Y no hizo nada. "Jefe, es mi novia", le dijo el asesino a un hombre de un taller de reparación de ascensores que escuchó todo. Esas palabras, ese guiño cómplice, fueron suficientes para que el hombre no hiciera nada. Recién cuando el silencio fue demasiado sospechoso el testigo se asomó. En ese momento, cuando ya no había más respuestas, vio un bulto y llamó a la policía.

Desde ese día, Isabel se levanta maldiciendo al amanecer que ya no exorciza pesadillas. "Ya pasaron nueve meses y me despierto pensando que no es real, que no pudo haber pasado", cuenta. "Yo quiero justicia, sin justicia nunca voy a tener paz", explica en una casa tomada por el aroma del tuco y el abrigo de paredes que no dejan demasiado espacio para que los recuerdos se escapen. Lucila la abraza en una foto donde los cuerpos se entrelazan en brazos y sonrisas, Lucila resplandece con su pelo negro y sonrisa perfecta, su vestido blanco y esa fiesta de 15 que tiene el privilegio de sobrevivirla.

"Cuando iba a nacer Lucila buscaba que la clínica fuera linda, que fuera acogedora, que el ajuar fuera hermoso, que la ropa estuviera planchadita. Yo prefiero quedarme con los recuerdos lindos, de cuando armamos la fiesta de 15, cómo caminamos por los souvenirs porque había poca plata y no queríamos que faltara nada", describe.

"Mi hija siempre me preguntaba si cuando uno se moría volvía a tener la misma mamá, porque mi hija me amaba a mí como yo la amaba a ella –define–. Para mí esto fue una traición, me arrancaron a un pichón, me la dieron por la espalda, le faltaban diez días para cumplir 17 años."

La sartén donde la vida no tiene más remedio que seguir revuelta está pegada a la agenda que Analía –su otra hija, de 22 años– le dedicó con palabras de admiración, de amor y de aliento. "Nunca bajes los brazos, me defraudarías mucho si algún día dejas de sonreír", le pidió Analía. "Yo soy una mujer simple. Mis hijas eran mi tesoro", subraya Isabel. Aunque no haya forma de conformarse, ese amor que Isabel dio –y que tanto le duele porque ya no está en los brazos de Lucila, pero que también sigue en Analía– es el que la empujó a salir a la calle, a tocar puertas, a preguntar a los vecinos, a encontrar testigos y a pedir en la Justicia que el crimen de Lucila no se olvide.

—¿Qué sabés sobre la muerte de Lucila que pueda ayudar a esclarecer su crimen?

–El 21 de abril yo la vi irse sonriente. Fue al colegio y pasó la tarde en lo de mi mamá. Cerró un archivo de la computadora de mi hermano a las 17.45. Salió todavía con luz a las 18.40. Eran ocho cuadras hasta casa. A una cuadra, ya había anochecido y todavía no la seguía nadie. Después le arrancaron la vida. Y hay dos personas que la podrían haber salvado y ninguna de las dos reaccionó. Una mujer vio a un joven en una esquina y le dio miedo. Empezó a caminar rápido para que no la siga. Se dio vuelta y vio que en la otra esquina venía Lucila y pensó "pobre chica, ahora la va a asaltar a ella". La otra persona trabaja en una fabrica de reparación de ascensores que tiene ventanas que dan al terraplén y escuchó cuando Lucila pidió ayuda, escuchó que decía "dejame, soltame".

–¿En ese momento el violador le dice que Lucila era su novia?

–Le dijo "jefe, está todo bien, estoy con mi novia" y como está la creencia de que el varón es el que domina era una forma de decir: "Es mi novia, hago lo que quiero con ella".

—¿El llama a la policía?

–No. No actuó. ¿Sabés cuándo llama a la policía? Cuando deja de escuchar ruidos, se vuelve a asomar y ya no había dos personas, había un bulto: era Lucila muerta.

"Yo me quería ir de esta casa porque cada vez que escucho el tren, el sonido me lleva al terraplén. Pero si me voy huyo. Y voy a estar acá poniendo al pecho para seguir buscando. Estoy acá", reafirma Isabel. La noche ya agobia de oscuridad las cuadras. Ya no hay gente en las veredas. Una luz se enciende. Es nueva. La luz refleja la lucha para esclarecer el crimen de Lucila Yaconis. Una lucha que no se apaga.

Se busca información sobre el crimen de Lucila Yaconis. Los que cuenten con algún dato (aunque sea en forma anónima) por favor contactarse con el Departamento de Análisis Delictivo: 4832-2856 / Gurruchaga 2473, Capital Federal / email: analisis_delictivo@yahoo.com.ar

EL MEGAFONO

Vienen por más...

Por agrupaciones y activistas contra la reforma represiva del Código Contravencional

El jueves 19 de febrero, en pleno verano y sin ningún tipo de debate y de difusión pública, la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires se dispondría a tratar sobre tablas, en sesión extraordinaria, la reforma al Código Contravencional, el Código de Procedimiento Contravencional y un Código Procesal Penal. Esta reforma tiende a la restricción de derechos y garantías constitucionales, reinstalando en la práctica el contenido represivo de los derogados "edictos policiales". Algunos legisladores del macrismo proponen que los menores sean imputables a partir de los 14 años, responsabilizando a sus padres por el accionar de sus hijos, aun con pena de prisión. Asimismo, volverían las figuras de "acecho" y "merodeo", que otorgan a la policía facultades para detener personas sólo por "portación de cara".

Contrariando el Código Penal argentino, se penalizaría la "oferta de sexo en la vía pública"; además, bajo la figura de "simulación maliciosa de apariencia" se legalizaría la persecución policial contra travestis. En ambos casos se facilitará, aún más, la financiación irregular de la caja policial.

En respuesta al reclamo social, se prevé la sanción de aquellos que impidan u obstaculicen el tránsito en la vía pública, así como de toda forma de protesta que implique el ingreso y/o permanencia en lugares públicos, o el impedimento de entrada y salida de esos lugares (como los escraches, las tomas, la recuperación de espacios, los cacerolazos, las sentadas).

A la vez, los proyectos presentados promueven la creación de un registro de antecedentes para aumentar las penas en los casos de reincidencia. Esto afecta en especial a los sujetos vulnerables, que sin duda entrarán en repetidas contravenciones, ya que de ello depende su supervivencia (cartoneros, travestis, vendedores ambulantes, mujeres en estado de prostitución, personas en situación de calle).

Ante un mapa socioeconómico que se expresa en un 21,2 por ciento de la población de la ciudad por debajo de la línea de pobreza, parece que estos legisladores sólo encuentran como respuesta el disciplinamiento social, el vaciamiento y la privatización del espacio público a través de nuevas herramientas represivas. Parece que esto es más fácil que diseñar políticas que nos brinden trabajo, vivienda, salud y educación, que garanticen una vida digna para todos y todas.

(Próxima reunión, lunes 2 de febrero a las 17 hs. en el Centro Cultural O. Pugliese, Moreno 2541, Buenos Aires.)

Para escribir a esta sección: las12@pagina12.com.ar



SANDRA (EN EL MEDIO) CUATRO DIAS ANTES DE SU MUERTE.

ni una más

SOCIEDAD El asesinato de Sandra Cabrera, dirigente de Ammar Rosario, fue comparado con el de José Luis Cabezas y no porque su cuerpo haya sido hallado cuando se cumplían siete años del crimen del periodista sino porque no hace falta demasiada imaginación para leer en ese disparo en la nuca un intento de aleccionar a quienes, como Sandra, trabajan y luchan para denunciar la impunidad con que la policía –santafesina, en este caso– protege, a sangre y fuego, sus negocios.

POR SONIA TESSA DESDE ROSARIO

Sandra Cabrera tenía ojos negros, pelo también negro, abundante, los modos de una mujer acostumbrada a pelear sola por su vida. Miraba a los ojos, desafiante, y planteaba sus reclamos. Cuando descubrió que la actividad gremial podía generar beneficios concretos para las trabajadoras sexuales de Rosario, asumió una tarea incesante. Durante dos años recorrió con su moto cualquier rincón de la ciudad donde hubiera una compañera trabajando, para acercar el instrumento de amparo en el que convirtió a la Asociación de Mujeres Meretrices de la Argentina (Ammar). Nada la amedrentaba, ni siquiera las amenazas que se habían hecho cotidianas. El martes a la mañana apareció muerta con un certero disparo en la nuca, en la zona de la Terminal de Omnibus, cerca de la parada en la que trabajaba. Su tarea apuntaba a desarticular el entramado de recaudación ilegal que la policía monta a partir de la prostitución, imponiendo su terror legal sobre mujeres vulnerables. La Justicia tiene ahora la tarea de desentrañar cuál es la relación entre su muerte y esa red. Desmontarla corresponde al poder político.

"Se sabía, se sabía, que a la compañera la mató la policía", gritaban desconsoladas las compañeras de Ammar de todo el país que llegaron ayer a Rosario para acompañar el cortejo fúnebre. Fue también lo primero que denunció Elena Reynaga, secretaria general de Ammar. "La policía es el principal proxeneta de las trabajadoras sexuales. Les molesta que nosotras nos organicemos porque así se les descalabran los negocios", consideró.

Sandra Cabrera era una dirigente gremial cabal, que asumía los riesgos de su trabajo. Se puso al frente de la denuncia del 10 de septiembre pasado, que derivó en el descabezamiento de la sección Moralidad Pública de la policía provincial. No fue una declaración vaga y grandilocuente, sino el detalle de los nombres del jefe de la sección, Javier Pinatti, y Walter Miranda, subjefe, que hostigaban a las trabajadoras sexuales con paradas cerca de la Terminal de Omnibus de Rosario para proteger a prostíbulos de la zona. La relación entre los dueños de esos lugares y la policía fue acreditada. Sandra y sus compañeras también señalaron a efectivos que les cobraban coimas para dejarlas trabajar. A raíz de las denuncias, cambiaron los jefes de la división Moralidad Pública y quedó a cargo Silvia Hamuy. Poner a una mujer fue presentado como garantía de un cambio de prácticas. Pero las denuncias siguieron.

El último denunciado fue Sergio Bermejo, un sargento que cobraba 50 pesos semanales a Stella Maris Longoni para permitirle trabajar. Pese al riguroso pago de esa coima, la mujer fue detenida por Moralidad Pública. Cuando argumentó que había aportado, le dijeron que el policía ya no trabajaba en esa división. "Me voy a asociar a Ammar", desafió la mujer. La respuesta fue: "Entonces, vas a caer presa todos los días". Una vez liberada radicó la denuncia por extorsión en Tribunales. Siempre acompañada por Sandra, también llegó a los medios de comunicación. Fue apenas cuatro días antes del asesinato. Después del crimen, Bermejo fue detenido por cohecho, pero fuentes allegadas a la investigación descartan que sea el autor material del asesinato y su libertad es inminente.

"Tengo miedo de que venga algún vuelto por los de Moralidad", le dijo Sandra a un periodista, que se había convertido en amigo, el viernes anterior a su muerte. Desde octubre pasado vivía con custodia policial, tras una amenaza contra la vida de su hija Macarena, de 9 años. Sandra era también una madraza, que destinaba a la educación de su hija los mayores esfuerzos. La llevaba al teatro, le preocupaba que supiera computación, alentaba sus estudios. Cuando "Maca", como la llamaba, partió para el campamento boy scout en Mendoza, la custodia quedó sin efecto por unos días. La secretaria general de Ammar, Elena Reynaga, no tiene dudas sobre la organización del crimen: "Sandra nunca trabajaba sola, siempre salía en grupo. Tomaban algunos recaudos, como anotar la patente del auto donde se subía la compañera. Esa noche, su compañera se alejó unos momentos, para comprar una gaseosa, y en ese lapso la levantaron. Estaba todo planificado". La cantidad de denuncias radicadas en Tribunales por amenazas demuestran que el gobierno provincial estaba advertido de la situación. Incluso, habían llegado a meterse en la casa de Sandra y hasta la habían golpeado mientras la custodia estaba afuera.

El martes a la mañana la encontraron muerta frente a una vivienda en Iriondo al 600, a dos cuadras de la Terminal. Desde el principio, el juez de instrucción Carlos Carbone trabajó sobre tres hipótesis. "No se pueden descartar otras posibilidades. Era una mujer que había realizado denuncias con afectación a intereses concretos, y eso hace que sea una hipótesis firme, pero hay que investigar en otras direcciones también", expresó Carbone: la



FOTOS: ALBERTO GENTILCORE

venganza por las denuncias contra la policía, o de los dueños de prostíbulos de la zona, y los riesgos "propios de su trabajo".

El trabajo implica riesgos y Sandra los conocía bien después de 10 años en la misma zona, pero el principal peligro eran los pagos de peajes, detenciones arbitrarias y apretadas de los efectivos. "La policía persigue a las trabajadoras de la calle en lugar de combatir la prostitución infantil o el proxenetismo, que sí están penados por la ley. De hecho ellos mismos cometen proxenetismo, porque viven sacándoles dinero mediante chantaje a mujeres que practican la prostitución", decía con un poder de síntesis desarrollado a partir de su integración activa en la Central de Trabajadores Argentinos.

"A partir de ahora vamos a trabajar con mucho miedo, pero no vamos a bajar los brazos", dijo una de sus compañeras después del entierro, en el cementerio La Piedad. Al mismo tiempo, denunció a dos agentes de la comisaría que pertenece a la Terminal de Omnibus por haberles pedido 20 pesos.

La violencia institucional

contra prostitutas es moneda corriente en el país. En Mar del Plata, el invento de un "loco de la ruta" permitió encubrir durante años los asesinatos de trabajadoras sexuales hasta que el juez penal Pedro Hooft procesó el año pasado a diez policías bonaerenses y al fiscal federal Marcelo García Berro por encubrimiento y falso testimonio.

En este caso, la conmoción que causó el asesinato de Sandra puede mensurarse por la inmediata comunicación del ministro de Justicia, Gustavo Beliz, con el gobernador Jorge Obeid, y la llegada del secretario de Derechos Humanos de la Nación, Eduardo Luis Duhalde, a la ciudad, para intervenir en el caso. Dirigentes políticos y gremiales de la provincia analizaban que la mataron para acallar sus denuncias, pero también para dejar en claro cuáles son las reglas del juego en la provincia, a poco tiempo del cambio de gobierno. La policía santafesina no había llegado a tanto –el asesinato de una dirigente social de alta exposición pública– pero cada cambio de gobierno implicó siempre acciones mafiosas para condicionar a las autoridades entrantes. En la intimidad, el propio gobernador Jorge Obeid calificó al asesinato de Sandra Cabrera como "un caso Cabezas". La policía es la misma que mató a siete ciudadanos el 19 y 20 de diciembre de 2001. Entre ellos, a Pocho Lepratti y Graciela Acosta, dos militantes sociales.



Sandra Cabrera supo de la fuerza de la organización gremial a fines de diciembre del 2001. En plena crisis del corralito, salió a denunciar públicamente que la falta de dinero en la calle había dejado a las chicas en el más profundo desamparo. No había "salidas" y ninguna sabía lo que llevaría a la mesa familiar en esa Navidad. La Secretaría de Promoción Social les dio bolsones de comida, que ella repartió el mismo 24. Después vinieron algunos planes sociales. Desde octubre de ese mismo año, trabajaba en la prevención del sida. "No es lo mismo que una de nosotras hable con las compañeras, con nuestro lenguaje, explicar cómo cuidarse desde nuestra experiencia, que la palabra de alguien desconocido", explicaba sobre la clave preventiva. Repartir forros fue durante estos años sólo uno de sus trabajos. Entre las denuncias contra la corrupción policial, búsqueda de beneficios sociales y prevención del sida, también impulsó la modificación del Código de Faltas que penaba como contravención el ejercicio de la prostitución callejera. Siempre lo hizo sin dejar su trabajo, el que le permitía vivir y educar a su hija.

Querida y respetada por sus compañeras, Sandra había llegado hace 10 años de San Juan. En su casa materna dejó dos hijos adolescentes. Desde que se integró a Ammar, su relación con Reynaga era explosiva, una combinación de amor y desafío unidos en la búsqueda de un lugar propio. "Era muy carente de afectos, como tantas de nosotras. En la organización empezó a encontrar algo que todos buscamos, ser reconocida por algo y ser importante", describió ayer la dirigente, con los ojos rojos de contener las lágrimas. "Le importaban las otras, le daban bronca las injusticias, conseguía lo que quería", enumeró. Así fue que en coincidencia con el XVIII Encuentro de Mujeres organizó una fiesta –también cerca de la Terminal de Omnibus– donde el homenaje a Reynaga se convirtió en una celebración de lo conquistado. De la posibilidad de sindicalizarse, de pelear por sus derechos. Para eso Sandra consiguió la comida, la torta, la bebida y hasta la música, todo a fuerza de trabajo y empeño. Y fue una verdadera fiesta donde el baile coronó una noche emotiva.

En el local de ATE, donde funciona la CTA en Rosario, su presencia era permanente. La oficina de las chicas de Ammar no estaba nunca deshabitada porque allí se concentraba "la banda de la Sanjua", como le decían con cariño. En la tarde posterior al crimen, el dolor inundaba esa pequeña oficina. El silencio también. "Esos hijos de puta" era la frase que se repetía en medio de las lágrimas. "Que no caiga un gil y ellos queden como grandes señores", decía otra. No era el día indicado para repetir lo que ya habían dicho sus compañeras en otras ocasiones: "Le admiramos su fuerza, cómo consigue cosas para nosotras. Nos hace pensar que si nos unimos podemos aspirar a una jubilación, a una vida más digna", dijo una de ellas, a modo de síntesis, hace más de un año. Después del asesinato, un pasacalle ubicado frente a la calle Córdoba decía "Sandra, tus compañeras vamos a seguir con la lucha".



dígale no a lo irreparable

La ansiada y amada vida matrimonial, sus mieles, sus días y sus noches, todas ellas, remilgadas lectorcillas, están, como bien pontifica René Biot en *Dolores y gozos en la vida conyugal* (San Sebastián, ed. Dinor, 1956), al final de nuestro destino de mujercitas. Pero aunque no todo es rosas y revoloteo de ruiseñores en los niditos de amor, una ha de ser fuerte y arrojada, decidida a no perder nunca el temple ni sucumbir a la cobardía de pensar seriamente en lo inconcebible. Afortunadamente, queridas, aquí está René, dispuesto a auxiliarnos y evitar que caigamos en "lo irreparable". Qué importa que no lo queramos más, que él no nos quiera más o que se haya revelado como un ser monstruoso. "Cualesquiera que hayan podido ser los dramas que socavan los fundamentos del hogar, cualesquiera que sean los silencios nacidos de aquéllos –nos alivia René sabiamente–, todo puede ser salvado todavía." Hemos de ser fuertes, esposas y madres del mundo, hemos de mantenernos firmes porque "lo irreparable, la plaga de las plagas, el mayor enemigo de las familias es el divorcio", esa "ruptura en apariencia pues jamás podrá haber una ruptura eficaz del lazo conyugal mientras se viva". Es vano creer que el malhadado divorcio es una solución alternativa a la cobardía de no asumir el destino, pues el matrimonio –recapaciten las desnaturalizadas– realiza en los cónyuges "una fusión tal que nunca jamás volverán a ser lo que eran antes. Los desdichados que se divorcian no ven que su ruptura es una disminución irreparable de su valor humano". Además, el daño en los hijos puede ser atroz, porque ellos "tienen necesidad del afecto unido y de los cuidados comunes de quienes han mezclado su sangre y sus almas para traerlos al mundo". Por eso, recapaciten, no blasfemen y desafíen heréticamente lo natural y justo, y repitan con René: "Del divorcio, sobre todo, presérvanos, Señor".



Algunos trucos (falibles) para conseguir que dos personas alcancen el orgasmo al mismo tiempo

No lo voy a negar, no sería yo una persona de bien si intentara convencer a lectoras/es de buena voluntad de que a través de estos medios que les propongo llegarán a algún fin loable. Digámoslo con todas las letras: no hubo en la historia zanahoria más insípida que esa que promete unión suprema mediante el orgasmo simultáneo. Pero como humilde servidora no puedo más que atenerme a tanta demanda que, con un tinte de desesperación, parece estar buscando el paraíso en otra parte. Resignación, queridas amigas, y ficción, que es lo único que nos salva:

1. Si es usted un varón:
Estimado, queridísimo, ¡deténgase! ¿Dónde va tan apurado? ¿Acaso tiene algo mejor que hacer? Retírese si es necesario, quite su daga de la vaina, traiga a su memoria la cuenta de la luz, el día en que el cierre del pantalón se quedó trabado en sus carnes... cualquier cosa es mejor que dejarse ir cual púber después de haber visto *Porkys 25*. Hay quien refiere las bondades de quedarse quieto cual estatua de sal mientras es su pareja/o quien se afana por conseguir lo que usted está reteniendo en la puntita del risco. Recuerde lo que decía Santa Teresa: la paciencia todo lo alcanza.

2. Si es usted mujer (y está con un varón):
Sea exigente, desconciértelo; pídale que baje y que suba, que husmee en sus partes, no le dé respiro. Mientras esté atareado, usted tendrá tiempo de escalar esa meseta en la que tan cómodas solemos sentirnos. Y si por alguna causa el placer la inunda antes de que él pueda atinar, pues nada, finja. Finja no tener orgasmos aunque sus ojos lloren de alegría, total, unos cuantos movimientos de cadera conseguirán que él se derrame y tal vez entonces usted tenga su segunda oportunidad. De no ser así, finja de nuevo. La magia existe más allá de la sincronía de los relojes.

3. Si son ustedes dos mujeres:
¿Qué decirles, chicas? Dudo que detrás de tanta demanda con seudónimo se escondan ustedes, conocedoras tanto de su cuerpo como del que tienen enfrente –o arriba, o al costado–. ¿Que no llegan al mismo tiempo? ¡Vuelvan a empezar, que el tiempo es tirano pero no con las buenas amantes!

4. Si son ustedes más de dos, sean quienes sean:
Olvídenlo. No hay manera, está científicamente comprobado que no es posible la simultaneidad en relaciones múltiples (a no ser que se trate de un grupo de masturbadores experimentados que operan sobre el propio cuerpo). Además, ¿quién puede querer que todo termine al unísono cuando el canto de sirena de unas puede ayudar a empinar a otros y viceversa? Relájense y gocen, que del tiempo se ocupe el mono relojero.

Es verdad que se han registrado casos de intercambio de parejas en los que los miembros de una, atendidos por los de la otra, buscan llegar al clímax hundiendo la mirada en los ojos de la otra/o. Pero eso es para swingers avezados y aquí nos ocupamos sólo de amateurs. De todos modos, quien tenga una técnica mejor que esa que dice, esperá, esperá un poquito, ¡nos encantaría conocerla!

(consultas, dudas crueles y otras yerbas: *marubonbom@pagina12.com.ar*)
N. de R.: Maru Bonbom es una sola, aunque rinda como muchas.



Consecuencia: correspondencia lógica entre la conducta de una persona y los principios que profesa.

Aplicado a instituciones oficiales y personas que revistan en ellas, implica que existe cierta coherencia entre las políticas públicas y las nociones que las orientan. Las instituciones y políticas públicas llevadas adelante por personas que desconocen la perspectiva de género, los derechos de las mujeres y los reclamos del movimiento de mujeres redundan, como resultó brutalmente evidente esta semana, en que claros hechos de violencia de género (femicidios como el de Sandra Cabrera –ver página 14–, violaciones como las que recibieron cobertura durante toda la semana) suelan ser leídos y asistidos, simplemente, como episodios policiales que engruesan estadísticas de delitos "comunes" o son enrolados en la omnipresente "inseguridad". Quizás sea ése el argumento agazapado tras el incumplimiento de normativas sobre capacitación policial en género, o el silencio de un gobernador livianamente autodeclarado misógino (y otras autoridades) que sólo se rompe –oh, cuánta sensibilidad– cuando una de las víctimas reclama ante los medios de comunicación por el desamparo a que se ve expuesta gracias a la inacción del Estado.

